DANIEL GUEBEL

RANDOM HOUSE

La mujer del malón

DANIEL GUEBEL

La mujer del malón

RANDOM HOUSE

Hay quienes se enamoran de una mujer antes de conocerla. Es una especie de magnetismo, una radiación que va impregnando sus espíritus, atravesándolos capa tras capa hasta horadar su núcleo, y tanto los imanta que prefieren abstenerse de todo contacto con ella. La adoran desde lejos, se pasan la vida colectando vestigios de sus virtudes y encantos, y mueren sin saber que no amaron a una mujer sino a su espejismo.

En el caso que nos ocupa, los hechos no ocurrieron así.

1

Apenas cumplió los quince años, a María de las Mercedes del Rosario de Jesús Zambrano sus padres la casaron con Víctor Santa Colonia, miembro de una de las familias que más se enriqueció durante el Virreinato. Los trámites fueron tan apresurados que hasta la novia advirtió que los suyos la encadenaban a ese opaco hombre mayor para conseguir un beneficio o desligarse de un problema.

En la inminencia, su madre eligió figuras un tanto abstractas para explicarle el asunto. Pero María ya se había hecho una idea del procedimiento cuando, camino de la misa de maitines, observó a un perro y una perra abrochándose entre ladridos. Entendió que se trataba de algo propio de bestias, una experiencia de sufrimiento que sus negras convertían en promesa de deleites. La noche de bodas dejó que la desvistieran y se acostó en la cama y esperó lo inevitable: el sofoco y la opresión del cuerpo fofo de su marido temblando y gimiendo sobre ella. Aquello se repitió cada noche o noche por medio y no podía rechazarse por más que un sentimiento de repugnancia la invadiera cada vez que Víctor desparramaba saliva sobre sus pechos mientras le decía “mamita”, invocación que parecía apostar al futuro, a la descendencia.

Cuando María tuvo al recién nacido en sus manos, lo vio tan bello que pidió llamarlo Narciso, como la flor, pero Víctor eligió José Manuel en recuerdo de un antepasado.

El chico fue la dicha y el consuelo de su madre, que en los momentos de ternura le susurraba el nombre secreto al oído. Su Narciso estaba destinado a llegar a lo más alto: explorador, militar, obispo o cardenal, presidente de la República.

Pasaron algunos años. El vientre de María no albergó otro hijo y Víctor dejó de visitar su cuarto. Prefería desaparecer un par de días en excursiones a los establecimientos de tolerancia esparcidos en los

suburbios de una ciudad que crecía a buen ritmo. Era una ciudad baja y demasiado cálida y húmeda, y en el verano la provisión de agua resultaba insuficiente para las necesidades de sus habitantes, excepto que las casas contaran con un aljibe. Pero en la mayoría se usaba la que traían los aguateros, que la tomaban de fuentes poco limpias, de excavaciones hechas en napas contaminadas por las filtraciones de los pozos ciegos o por el desperdicio de los animales que los matarifes y los trabajadores de los saladeros arrojaban en un riachuelo.

Por las noches, durante la cena, Víctor adormecía al hijo con sus dos temas favoritos: las fabulosas riquezas familiares, provenientes de la explotación de minas de plata en Potosí, y la insoportable decadencia del país, afectado por la plaga de la inmigración.

Una mañana el niño despertó con temperatura. María le pidió a Víctor que mandara a buscar al médico, pedido que su marido desoyó: las fiebres eran parte de un proceso natural, ayudaban al crecimiento. Pero pasaron las horas y como el enfermo no se recuperaba, Víctor dio el brazo a torcer. Al médico se lo tenía por un sabio. Observó al paciente, tomó su pulso, le alzó los párpados y contempló la esclerótica, extrajo de su maletín un frasco que contenía un líquido denso, se lo entregó a la madre y dijo que volvería a la mañana siguiente.

El médico no había precisado la cantidad de cucharadas de cada suministro; tampoco si debían usar cucharas soperas o de té. Como la abundancia conviene más que la escasez, María pidió que le trajeran la cuchara más grande y fue volcando gota a gota el remedio sobre la cóncava superficie de plata. Si ese líquido gomoso y de olor fuerte regresaba la salud a su hijo, entonces se trataba de una pócima preciosa. Pero al tratar de introducir la cuchara en la boca, su Narciso apretó los dientes, negándose. De nada valieron los ruegos de María y el fastidio de Víctor, que le decía: “Sea hombre, m’hijo, tome lo que le dan y santo remedio. ¿O se cree que el médico vino de broma?”.

Por una vez, María impuso su criterio y apartó al padre del lado de la cama y esperó a que Narciso durmiera para deslizar esas gotas entre la cerrazón de los labios. Pero la mayoría se derramaba por las mejillas trazando un surco, una mueca ocre.

A la mañana siguiente el niño volaba de fiebre, ya no abría los ojos y torcía la cabeza a uno y otro lado. En su segunda visita, el médico cabeceó y alzó la cara como si buscara una respuesta divina, pero solo se encontró con las molduras del cielorraso y con el crucifijo de madera que custodiaba el cuarto. Al concluir el recorrido volvió la vista sobre el enfermo, escuchó el silbido de sus pulmones, dijo: "Los síntomas son engañosos. Una enfermedad enmascara a otra. Ocurre. No hay que dejarse… Según Lagrange y Venier, en su famoso… En fin. Puede ser crup. O no". Y se despidió diciendo que volvería a su despacho a consultar ese tratado y algún otro. María se plantó al costado de la cama y decidió no apartarse de allí. "Puede ser. O no", se repetía. Crup. Crup. Crup. Cada tanto Narciso abría los ojos, decía "mamá" sin verla. La habitación se llenó de velas encendidas, de dioses de trapo a los que las negras rezaban en la lengua de sus ancestros.

En la tiniebla de su desesperación, María no escuchó nada acerca de la situación de Víctor, que permanecía en su propio cuarto, asediado por algo que en el curso de pocas horas le volvió amarillos los ojos, lo hizo temblar y arrasó con su hígado. Tanto vomitaba y tan poca agua podía beber que la piel comenzó a colgarle del cuerpo. Víctor llamaba a su mujer pero María permanecía pegada a la cama de Narciso y apenas movió la cabeza a un lado cuando un pájaro que soltaba humo por la nariz se inclinó y le susurró que su marido acababa de fallecer en medio de vómitos negros y que el carro de recolección de infectados pasaría a buscarlo y los sanitaristas arrojarían el cadáver a una fosa común y lo taparían con cal, porque se había declarado una epidemia. En cuanto a José Manuel, dijo el médico, debía ser sometido a una palabra que María no conocía: traqueotomía.

Lo levantaron de la cama y lo pusieron sobre la mesa y le volcaron la cabeza hacia atrás, dejando su cuello expuesto, le tajearon la garganta y le introdujeron una cánula por donde salió chorreando sangre y flema infectada y entró el aire. Narciso abrió los ojos y respiró, pero no podía hablar y la mejoría ya era cosa de otro mundo, salvo para la esperanza de la madre, que se opuso a que el sacerdote lo ungiera con los santos óleos. Muerto su marido se inclinaba a seguir

las creencias de las negras que la criaron y que a ese aceite lo llamaban “agua de muerte”, porque apenas pasaban minutos entre la extremaunción y el fallecimiento. El cura insistió, dijo que la ceremonia era un bálsamo y que era necesario conceder al niño esa gracia especial y eficaz, fortalecerlo y reconfortarlo en su enfermedad y prepararlo para el encuentro con Dios. “Que te rodee la multitud de los creyentes, como lirios rutilantes; que te acoja gozoso el coro de los ángeles”, empezó. Pero María le ordenó que se fuera y no volviera. “Con tu negativa condenas a José Manuel al fuego eterno, hija mía”, le dijo el cura. “Yo no soy su hija y Narciso es inocente. El condenado es Dios, si se lo lleva”, contestó ella.

2

María permaneció horas acomodando y desacomodando los rulos de Narciso desparramados sobre la almohada, besando los párpados que palidecían, rozando con sus dedos la herida en la garganta. No podía llorar, no tenía fuerzas. Dejó que las negras prepararan el cuerpo y se ocuparan de las invitaciones para el velorio del angelito. Los Santa Colonia tenían un panteón en el cementerio situado en la zona alta de la ciudad, pero ella se resistía a entregar los restos de su hijo a un destino ajeno. Iba a tenerlo cerca, a su lado. Lo enterraría en el patio de la casa y a su alrededor crearía un jardín: para Narciso, narcisos.

Lo vistieron con una camisa de lino blanco traída de Inglaterra, un ambo de marinerito con antorchas de teniente de navío en las hombreras, y unos zapatitos de cuero abotinados. Como el ataúd se demoraría y hubiese sido de mal gusto exhibir a la criatura sobre una mesa, lo acomodaron en una silla de respaldo alto. Pusieron un almohadón en la nuca, acomodándole la cabeza para que no se inclinara hacia un costado. Narciso parecía dormido.

Las relaciones sociales de la familia se excusaron de asistir al velorio, usando como argumento que los Santa Colonia habían sido tocados por la desgracia, ¡fiebre amarilla y crup! Lo mejor era un entierro rápido. Pero las negras no querían que el niño partiese sin nadie para despedirlo. Habían amado su dulzura y su bondad y sentían su pérdida como si hubiese sido hijo de ellas. Así que fracasados los intentos con los contactos de los patrones, buscaron entre los amigos y la parentela propia, dando licencia para que trajeran a su vez a sus amigos y conocidos.

María estaba sentada al lado de su hijo, en una silla más baja, con la diestra sobre la falda para que pudieran tomarla y estrecharla los que venían a darle el pésame. Había empezado a llover, una lluvia que se colaba en ráfagas cruzadas y amenazaba con mojar la mecha de los

candiles. El chaparrón no detuvo la afluencia de visitantes. Uno de los primeros en llegar fue un gaucho viejo que cargaba un bulto envuelto en un poncho de vicuña. Al desenvolverlo sacó una guitarra y comenzó a cantar con voz gruesa y despareja. La habitación se fue llenando. Los presentes hablaban en voz alta, tapando la música, y en prevención del olor fumaban unos charutos pestíferos. Pero Narciso tenía la frescura del muerto reciente, aunque su expresión se había vuelto rígida y los labios se le estiraban dejando entrever el brillo de los dientes. Lo que soltaba un tufo fuerte eran las velas, hechas con sebo mal curado. O por lo menos así fue en el curso de la primera noche. Ya durante la tarde, al son del gaucho que seguía tocando y cantando y que apenas paraba para refrescarse el garguero, se habían formado parejas de baile; uno por uno los hombres iban hacia las mozas, les hablaban al oído y ellas lanzaban la carcajada, mientras los viejos conversaban de política y pelajes. María se ocupaba de que el cabello de Narciso no le cayera sobre las orejas. Una ligera sombra verdosa asomaba como un bigote sobre el labio superior de su hijo, y la carne en general, ya reblandecida, aparecía jaspeada y olía tanto o más que el sebo. Llovía, paraba, volvía a llover, y los vapores de los cuerpos y de las ropas empapadas de aquellos que entraban y salían a hacer sus necesidades o a consumar contra las paredes colindantes iban subiendo y se apretaban contra el cielorraso como una nube gris de roña. En algún momento el guitarrero se detuvo en medio de un acorde, carraspeó, largó el gargajo y dijo:

—El angelito ya está en el cielo.

Todos lo repitieron y fueron sumando las expresiones usuales de “lo lamento mucho, señora”, “la acompaño al sentimiento” y “no somos nada”. María inclinaba la cabeza, agradeciendo.

Así comenzó la segunda noche de velorio. Rodeada de las negras, María lloró con la vuelta de la lluvia, y la lluvia paró y volvió a soltarse mientras María seguía llorando. Lloró hasta quedarse dormida, mientras los presentes se iban yendo hasta dejar vacía la casa. Soñó con rayos que se le clavaban en el pecho, con animales que corrían en un desierto de fuego, y escuchó un relincho tan real que tuvo que abrir los ojos. Olió el olor a bosta y a yerba mate y a carne

cruda arrancada a tarascones por los dientes de una bestia que parecía una sombra clavada en lo alto. El salvaje pegó un alarido y estiró un brazo y de un tirón agarró del cuello al niño muerto. Se descerrajó la tormenta y María vio un refucilo que partía el cielo y cristalizaba un daguerrotipo del caballo y su monta, estampados por la fosforescencia, un dedo apuntando a la luna y el cuerpo de Narciso doblado bocabajo sobre el lomo del animal que el indio montaba en pelo.

3

Las negras le contaron que algunas familias alquilaban sus angelitos a los pulperos para que organizaran los velorios, consiguiendo así pesos fuertes para comprar el ataúd o bebida gratis para enterrar el dolor. Pero nadie tenía noticias de que los indios secuestraran cadáveres. Tal vez el hecho respondía a un encargo, la noticia de la muerte de Narciso debió de esparcirse y la fama de la cabellera dorada aumentó su valor comercial. María pensó en salir a campo abierto, perseguir al indio, contratar baqueanos para que lo encontraran. Pero los indios sabían esconder su rastro, volverse invisibles. Y además, había tantas pulperías desparramadas en la provincia que el cuerpo de su hijo terminaría de alimento de animales carroñeros antes de que obtuviera un dato confiable. Lo único que le quedaba era suprimirse ella misma y apostar a que en el más allá existiera un sitio donde encontrarse con el alma de Narciso.

Elegida la segunda opción, María fue a la habitación de Víctor. Sabía que usaba un cortapapeles, bueno para hundirse hondo en su vientre y apto para cortar hacia los costados. Lo haría despacio, a conciencia, para que doliera. No le hizo falta rebuscar. Estaba en uno de los cajones del escritorio, con el brillo alevoso del oro, un sello grabado en la hoja, “V. de S. C.”, y apretaba con su peso un fajo de cartas que la tenían por destinataria. María usó el cortapapeles para abrirlas. De las que leyó, todas tenían un tema único: las emociones que había despertado en el difunto. La cosa blanda y opresiva que fue su marido se revelaba como un misterio, y lo más extraño de todo era que ella hubiese sido un enigma para él. Víctor, que durante su matrimonio ni un día dejó de mostrarse soberbio y despectivo, en esas cartas le hablaba de su pasión y de su culpa por no adorarla como merecía. Leyendo, María se preguntaba cómo no había advertido la existencia de ese amor menesteroso y anhelante. Pero si su esposo

creyó que la confesión lo redimía, ¿por qué no le había entregado esas cartas? ¿Las escribió solo por escribirlas, las conservó para saberse enamorado en soledad? Ella —María trató de explicarse, de entenderse a sí misma— no había sido ingrata ni egoísta con él. Si se mostró ensimismada y ausente, es porque siempre había sido así. Y al parecer, de esa reserva propia de su naturaleza Víctor extrajo un mensaje erróneo. En definitiva, él tampoco se había permitido abrir su corazón. Era extraño. Su marido la había adorado en secreto, y más, cuanto más la volvía objeto de su renuncia. En definitiva, ¿quién había sido ella para él? O, mejor dicho, ¿qué?

Esas preguntas podían subsistir por años. Y tolerar la persistencia de un interrogante era mejor que suprimirse. Finalmente, María decidió que mientras viviera podría seguir recordando a Narciso.

4

Las cartas de Víctor obraron en su espíritu a la manera de un reconstituyente. Hasta entonces se había sentido una pura nada, un recipiente que solo contenía la devoción por su hijo, pero tras la lectura se le hizo evidente que fue algo o alguien para otro. Se trataba de su despertar, del que empezó a tener una percepción cada vez más precisa. Sobre todo cuando debió ocuparse de que los socios comerciales de su marido (intermediarios, amanuenses, abogados, escribanos, prestanombres) no se quedaran con su herencia, que además de minas de plata incluía campos, bienes inmuebles, barcos y contrabando. La dedicación a esos asuntos la desafió y la espabiló. No la movía el deseo de incrementar su fortuna sino la curiosidad por los rasgos rapaces de sus congéneres. A veces, mientras indagaba en los tejemanejes de aquellas aves de presa, descubría que durante algunos minutos había dejado de pensar en Narciso.

Inmersa en esas ocupaciones, tardó en darse cuenta de que se había vuelto interesante para los demás. Y no solo porque empezaba a demostrar una habilidad en el manejo de los negocios superior a la que poseyera Víctor. A poco de su viudez se ocupó de reformar las habitaciones del palacete estilo colonial en el que vivieron, dotándolo de comodidades que mandaba traer con su flota: muebles y libros y plantas y sedas, joyas e instrumentos de música, tapices y biombos y quimonos y abanicos. Como no tenía amigas, nadie podía esparcir chismes sobre su persona. Nada mejor que la reserva, porque no son los hechos sino la imaginación lo que construye leyenda. Se murmuraba que no carecía de amantes y que los obligaba a ser discretos porque sabía de ellos lo suficiente para exponerlos al ridículo si presumían de la relación. De hecho, casi todos los hombres de buen nivel social habían intentado intimar con ella, sin que pudieran dar pruebas de resultados favorables.

Lo cierto es que, cansada de las versiones y pretensiones que se tejían a su alrededor, María decidió abandonar su retiro y comenzó a asistir a reuniones en los salones de la sociedad porteña. En una de estas se encontró con uno de los personajes más destacados del momento: Adolfo Alsina.

Político y militar de carácter sanguíneo, se lo tenía por alguien lanzado a ocupar los más altos cargos públicos y él mismo se creía destinado a guiar algún día los rumbos del país. Recién vuelto de un viaje de carácter diplomático por Europa, no había tenido oportunidad de conocer al difunto Santa Colonia ni a su viuda, por lo que su acercamiento a María no respondió a motivos comerciales (era dueño de una fortuna respetable) ni a la frívola competencia por vencer donde otros habían fracasado. Es claro que ya contaba con algunos datos que le llamaban la atención. Se hablaba de María como si fuese más de una persona o como si en una sola pudiera condensarse más de una vida. Le había atraído y conmovido su sino trágico, el aura sombría que desprendían las referencias al robo del hijo muerto. Que esa mujer sacudida por la desgracia pudiera ser la misma a la que se le adjudicaban rasgos de vampiresa daba que pensar. Un anciano la definió así: “Quien la ve, se fascina. Quien la intuye, tiembla. Quien la trata, huye espantado”. Y luego agregó: “En sus brazos yo exhalaría gustoso mi último aliento”.

Alsina decidió entonces que no resistiría la tentación de conocerla, y en la reunión se le arrimó con la excusa de prestar oídos a la pieza musical que María interpretaba. La ejecución no resultaba del todo eficaz, pero su voz era de lo más ajustada. Un timbre perfecto, un conocimiento de sus limitaciones y una sensibilidad exquisita para brindar emoción al lieder de Schubert. La combinación de canto y piano y la imagen de la mujer concentrada en su arte le produjeron un efecto poderoso. Aquella situación, que lo detenía acodado sobre la tapa del piano, condensaba para él un antiguo anhelo: el de encontrar un amor al que entregarse.

En un primer impulso, pensó: “Espero a que concluya el tema musical y me le declaro”. Después pensó que ese ímpetu lo dejaría desguarnecido, lo volvería risible. Diferir esa declaración era la mejor

manera de esperar el momento de volverla oportuna.

Así que, apenas María concluyó la pieza con un acorde enfático, Alsina elogió su interpretación. A diferencia de ocasiones anteriores, se sorprendió al hallarse ante una mujer que no lo obligaba a hacer un esfuerzo por llevar adelante la conversación. Aquellas veces, al advertir que su interlocutora, pese a atraerlo físicamente, resultaba rutinaria en materia de diálogo e insuficiente en cultura, inteligencia y chispa, se había visto obligado a un esfuerzo suplementario, adoptando los papeles del ingenioso, del cínico, del sentimental o el trágico. Y finalmente sus intervenciones habían terminado ejerciendo efecto sobre la compañía femenina, haciéndola brillar por reflejo y calentándolos a ambos con su entusiasmo. En cambio ahora tenía la impresión de toparse con una consistencia real. María no era un simulacro ni un eco: era una mujer de verdad. Y en esa consistencia se podía encontrar, si se la buscaba, la verdad de una mujer.

5

Hablaron como si estuvieran solos. Cada tanto, para remarcar una frase con un énfasis agradable, María oprimía alguna tecla del piano. De las generalidades pasaron a los temas culturales. Conocedor de los gustos del ambiente en que se movía, Alsina se sorprendió por las preferencias de María, que se manifestó harta de las novelas de carácter romántico. En su opinión debilitaban los espíritus y los cuerpos. Y al decir "cuerpos", subrayó el argumento con una presión fuerte del teclado con ambas manos. Apenas concluido el acorde, María continuó diciendo que así como estaba cansada de esa clase de literatura, encontraba gran satisfacción en el crudo realismo de las novelas inglesas, que tenían por asuntos la herencia, la propiedad, el matrimonio adecuado, el linaje, los títulos de nobleza, los hijos, la construcción y destrucción de fortunas, el destino del individuo dentro de la sociedad... Y tras enumerar esos tópicos, comentó que infelizmente había agotado su provisión de ejemplares llegados de las Islas Británicas, y que estaría muy agradecida a quien pudiera proveerla de una nueva remesa. Después, y sin que Alsina llegara con la oferta de remediar esa falta, se puso de pie, extendió su diestra y dijo que debía retirarse. Antes de perderse entre los presentes, agregó:

—Un buen lector pronto se cansa del amor como tema único.

6

Alsina se fastidió con la partida de María. Había tejido las redes de una intimidad solo para romperlas con su retirada. Que hubiera adivinado sus intenciones y esquivara satisfacerlas lo llenó de rencor, y se prometió tomar revancha. Pero esa intención —advirtió luego, con el paso de los días— no se cumpliría si no era bajo las condiciones de María, que no contestó ni una sola de las misivas que le fue enviando.

Sumido en la inacción —estaba a la espera de un nombramiento en los escalafones más altos de la administración pública—, primero se dedicó a repasar los detalles del encuentro, y luego fueron apareciendo los asuntos de las novelas que eran para ella objetos de execración: todas se ocupaban del asedio a una mujer a la que convertían en fortaleza que finalmente se rendía al hombre concebido como estratega militar. Pero junto con el rechazo a un género literario, María también había manifestado su entusiasmo por otra clase de literatura, que bien valía la pena explorar. Así que Alsina le escribió a su librero londinense y luego de un par de meses el *Hermes* arribó a puerto, trayéndole diez baúles repletos de novelas en dos y tres volúmenes, un panorama completo de la reciente temporada literaria inglesa. Apenas recibida la encomienda, le envió recado a María, proponiéndole un encuentro de lectura y debate conjunto: un salón literario de a dos.

A la hora, el recadero volvió con la nota sin abrir. Él había golpeado, pero nadie le abrió: apoyó la oreja en la puerta, pero del interior no salía ni un solo ruido, ni de gente ni de pájaros ni de perros. Preguntados los vecinos, le dijeron: uno, que la señora había viajado a Potosí con el propósito de visitar sus minas de plata y conocer a la parentela de su difunto marido; otro, que había partido de gira con un cuarteto musical, piano, violín, cello y arpa, con el que

recorrería todas y cada una de las Provincias Unidas; un tercero, que nadie tenía la menor idea acerca de su destino.

7

La llegada de un barco a puerto era siempre la gran novedad de la semana. Y María no debía de haber ignorado la noticia de su arribo ni la consigna de las mercaderías contenidas en la bodega, en su condición de propietaria del *Hermes*. Por eso, Alsina tomó lo ocurrido como una reiteración a escala más amplia de su movimiento inicial. Eso, en primera instancia, lo ofendió. ¿Quién se creía esa mujer, quién se creía que era y quién quería ser para él, que se tomaba incluso el trabajo de viajar u ocultarse para no atender a su mensaje? La respuesta inmediata fue: "Escapó para no cumplir con su promesa implícita de futuras intimidades". Pero lo cierto es que María no le había prometido nada; solo lo dejó creer lo que se le antojara. Dicho de otro modo; si los libros llegaban y ella no estaba para leerlos, ¿por qué lo enteró de sus gustos? ¿Era justo conducirlo a emprender ese gasto y luego sustraerse a las consecuencias?

¡Qué mujer era María! Su partida repentina la volvía aún más atractiva. Ahora empezaba a entenderla: el suyo no había sido un encargo ni una exigencia sino un movimiento de apertura: lo invitaba a que leyera en su lugar, y a su regreso del viaje (o cuando decidiera salir de su escondrijo), podría escucharlo contándole sus experiencias de lector.

Así que Alsina emprendió la tarea. Pero por mucho que se esforzara, después de una hora de estar sentado en su sillón favorito, esos tomos terminaban cayendo sobre sus pies, aplastándole los dedos, cuando se quedaba dormido en medio de un párrafo. Sí, claro, había estancias y había intrigas entre hijos legítimos y bastardos, y larguísimas descripciones de la caza del zorro, cuando no capítulos enteros dedicados al tono púrpura, violáceo o rosáceo de un atardecer... pero faltaba el amor, justamente de lo que María renegaba como tema. Sin la presencia del amor, toda novela naufragaba en mareas de tedio.

¿Cómo podía haberse confundido tanto María? ¿Cómo podía seguir tan confundido él?

En el curso de un crepúsculo, cuando su malestar se estaba volviendo insoportable, se encontró con la revelación: él no tenía que regalarle aquellos libros ni leerlos para contarle sus tramas, su asunto, las peripecias argumentales y las proezas formales: tenía que volverse él mismo escritor. Sería su gesto lo que conmovería a María. Y no se trataba de resumir esos bodrios sino de escribir una novela que expresara los sentimientos y las pasiones de un país joven como el que habitaban. Una novela de amor nacional. Como el que vivirían ellos dos.

8

Alsina se encerró. Rechazaba las invitaciones de los amigos; el gobierno le ofrecía puestos cada vez más altos que se negaba a aceptar. En su cuarto, sentado sobre una silla de paja ante un escritorio pequeño, llenaba cuartilla tras cuartilla. Se alumbraba con la luz que entraba por un ventanuco que de noche dejaba pasar la titilación de un par de estrellas. Una vez por semana le entregaban un frasco con tinta y un manojo de plumas nuevas. Alsina nunca conoció tanta pasión y tanto dolor, nunca se sintió tan feliz como entonces.

Pasó el tiempo y un buen día un mensajero llegó hasta la puerta de su casa: María, le dijo, estaba en las tolderías de Pincén, lugarteniente del cacique Coliqueo. “Pincén dice: No busques a la mujer que amas porque no la encontrarás”.

No es necesario subrayar la sorpresa de Alsina. ¿Cómo sabía Pincén de su amor por María? ¿Cómo la habría capturado? Por un instante pensó en torturar al mensajero para obtener más información, pero así cortaría el único lazo que lo unía a la posibilidad de encontrarla. Y además, el mensajero le dio pena. Se lo veía enjuto, viejo, viejísimo, seguro de que lo habían mandado a cumplir con su última misión y que terminaría empalado en plena plaza central. No era indio puro (como no lo era el propio Pincén, mezcla de araucano y blanca) sino gaucho; tenía algo de mulato también. Quizá, como tantos otros, había escapado de las levas del ejército y buscado refugio en las tolderías. Así que mandó que le dieran alimento y techo para esa noche.

A la mañana lo despertaron con la noticia de que el mensajero había dormido a la intemperie, envuelto en una manta de cuero. Ordenó que le cebaran unos mates y le acercaran un porrón de ginebra, y cuando estimó que ambos consumos le habrían aflojado la lengua, se le arrimó. Pero su convidado no soltó prenda, así que simuló que aceptaba la situación y lo dejó ir. No tenía sentido mandar a que lo

siguieran a campo abierto, donde hasta una mosca se ve a la distancia. Además, las naciones indígenas eran propensas al nomadismo, a veces los tehuelches ocupaban los territorios donde antes vivían los mapuches, y viceversa. No eran tránsitos previsibles, dependían de las condiciones de caza, de las pasturas y de la presencia de ganado cimarrón o del que pudiera capturarse en un ataque a las poblaciones blancas, por lo que averiguar el sitio donde se levantaban las tiendas de Pincén no garantizaba encontrar días después a María o a la tribu. Más que lanzarse a ciegas, convenía reflexionar acerca del mensaje del capitanejo y tomar una decisión.

9

El tiempo pasó. Alsina vivía en la angustia de la indeterminación. Sus razonamientos se montaban uno encima del otro. En general lo dominaba la prudencia, otras veces triunfaba la ansiedad y entonces se decía que tenía que hacer, hacer algo, lo que fuere, cualquier cosa. Por ejemplo, organizar una expedición a territorios de Pincén. Debería llevar ponchos, latas de sardina, alcohol, azúcar, mantas, pesos fuertes y abalorios como pago del rescate. Pero lo más seguro era que la primera partida de indios con la que se cruzara le quitara todo sin darle a cambio más que la vaga promesa de llevar su demanda al capitanejo. Y esa misma noche se emborracharían y olvidarían lo prometido... No es que el intento no valiera la pena, quedaba la débil posibilidad de que alguno de los salvajes cumpliera con su pedido, cosa que apenas sería un primer paso en dirección de la libertad de María... Porque luego todo dependería de la voluntad de Pincén, del humor con que se hubiera levantado o del grado de interés que tuviera por la cautiva. Y eso en caso de que María aún se hallara en su poder. Tal vez había pasado de mano en mano, de tribu en tribu. ¡No, eso era asqueroso, más todavía, era impensable! Ni Pincén ni nadie se atrevería… ¿O sí? Quizá para los indios María era una simple rehén, una moneda de intercambios futuros. Pero entonces, ¿por qué el mensajero no había pedido rescate? Parecía un gesto de astucia. Al mandar decirle que nunca más la vería, Pincén incentivaba su desesperación y le subía el precio, porque adivinó que María era para él un bien fuera de toda tasación. Ahora, ¿cómo lo sabía? ¿Hasta los límites mismos del desierto llegó la noticia de su amor? Y eso no era lo más relevante. El núcleo del misterio se hallaba en la dificultad de averiguar si el indio estaba dispuesto a una operación de venta o de canje. Si solo le había comunicado la noticia para envanecerse de su posesión, su prepotencia reclamaba una respuesta en gran escala.

¿Cuál? ¿Cómo?

Dar con María se parecía a atrapar un hilo en el viento; para encontrarla había que tejer una red cuya extensión se confundiera con la extensión de la pampa y cuya trama fuera lo bastante fina para no dejarla escapar.

10

A don Adolfo Alsina:

Querido amigo (permítame llamarlo así), le ruego que cese en su intención de búsqueda porque yo no soy cosa suya ni le he pedido nada ni fui secuestrada, sino que obré de acuerdo a mi voluntad. Abandoné la ciudad siguiendo un indicio que supuse me permitiría encontrar los restos de mi hijo en algún monte o matorral, pero terminé recorriendo la llanura como bola sin manija. En esas vueltas se extraviaron mis negras y los hombres de Pincén me encontraron cuando estaba con las prendas hechas harapos, mis partes arrebatadas por el sol, mis cabellos enlazados por los espinos de los arbustos, y hablaba sola. Así que me llevaron a su asentamiento y me cuidaron y pasó el tiempo y un día desperté y me vi como una más entre mis hermanos los indios. Acá aprendí cuál es la relación que la libertad establece con el sometimiento. Vivo en una civilización distinta a la que estaba acostumbrada y no pienso abandonarla y volver a lo que ya conozco. Pincén me ha hecho su mujer, una de las tantas, pero eso no me obliga a nada y ando por donde se me antoja, monto en pelo y me baño desnuda en las lagunas y cuando hay degüello animal bebo de la sangre caliente. Y por las noches... Le aseguro que no hay como las de estos cielos abiertos, cuando la luz de la luna cae sobre nuestras caras y las estrellas nos dejan heridas de fuego en la garganta. Y en la ciudad tampoco hay días como estos, llenos de gritos y estampidas y galopes y sangre y esperma, todo mezclado en el polvo de esta existencia que usted llama salvaje y yo pienso plena. Podría darle detalles pero no tiene sentido porque solo se entiende lo que se conoce con el cuerpo. Para usted, la vastedad que habito se llama desierto, pero yo la veo llena, completa. Así que le digo: si por casualidad el destino hiciera un cruce entre nuestros confines y pasáramos uno al lado del otro, yo de inmediato sabría quién es usted, pero usted, Adolfo, aunque me viera no me reconocería.

Nunca suya
María

11

Alsina no tuvo ni un instante de duda: María había redactado la carta obligada por sus penosas circunstancias. De hecho, como el mensajero que se la trajo era el mismo de la vez anterior (o al menos así le pareció, gaucho viejo e indio viejo eran iguales, mapas de arrugas y malicia silenciosa), debió ser el propio Pincén quien dictó el contenido; no letra a letra, difícil que el capitanejo supiera leer o escribir, pero sí el sentido general del texto, que María no pudo menos que mejorar. Releyendo lo escrito, le parecía, por ejemplo, que la denominación de la sociedad indígena como una "civilización" al tiempo que se mencionaban prácticas bestiales propias de ese mundo de hediondez, promiscuidad y magia, era una amarga ironía que María dejaba traslucir para que le llegara claro su verdadero mensaje. Así, en la negación había un pedido. Que él no desistiera de rescatarla.

Aprovechando sus contactos en el partido gobernante, Alsina pidió y le fue concedida una entrevista con el ministro de Guerra y Marina. Martín de Gainza abrió él mismo la puerta de su despacho y reclamó a viva voz que le sirvieran un cafecito caliente y una ensaimada.

—Me atrevo a molestarle por un caso de mi personal interés —empezó Alsina y se extendió en el relato.

Cuando concluyó, Gainza le dijo:

—Mi querido amigo, María de las Mercedes del Rosario de Jesús Zambrano, viuda de Santa Colonia, es el primero de los nombres que me viene a la mente cuando pienso en la barbarie indígena… Pero… siempre hay un pero y un pelo en el huevo del mundo… en la actualidad nuestros recursos resultan insuficientes. Por supuesto, podríamos organizar una partida, andar a lo loco por el desierto, con nuestros soldados disparando a los pajonales para ver si con suerte le aciertan a un indio. Pero… Pero en mi función debo contemplar las cosas desde la perspectiva más amplia…

—¿Está usted hablando de política?

—¿Se puede hablar de otra cosa? Mire. Hace años que las tribus autóctonas y nuestro gobierno mantienen tratos bajo la mesa. Nosotros buscamos expandirnos en los territorios aptos para criar ganado vacuno que exportamos para mejorar el saldo de nuestra balanza comercial. Y los indios advirtieron los riesgos que esa expansión implica para sus reinos brutales y adoptaron las típicas estratagemas del débil: la victimización, el llanto lastimero, la imploración de limosna. Nosotros les ofrecemos sobornos, alimentos, vicios, compra de tierras a cambio de pesos fuertes, declaramos que son nuestros hermanos y que en este bendito suelo hay suficiente espacio para convivir en paz… En esos tiras y aflojes andamos desde hace años. Cuando ellos quieren mejorar algún punto de la negociación, recurren al alarido y se hacen una fiesta con sus malones. Nada demasiado alarmante. El problema es que en cada uno de nuestros estamentos administrativos hay funcionarios con sueldos insuficientes y uñas que escarban hasta el fondo de la bolsa, y otros que demoran una remesa de alimentos porque el documento que certifica el envío no fue sellado y firmado en plazo. Resultado: a los indios no les cae una moneda, el charqui les llega seco y fileteado de gusanos y las botellas de alcohol aligeradas con agua. Y eso es a pequeña escala, porque en la grande no hay pacto que establezcamos con ellos que no lo desmienta luego el vigor de nuestras armas. ¿Será a causa de nuestra herencia de la lengua española que cada palabra que empeñamos es palabra que no cumplimos? ¿Un problema con el tiempo de los verbos, una falta de relación de necesidad entre ser y hacer? ¡¿Qué quiere que le diga, mi amigo?! A mi modo de ver, y mi mirada de ministro representa la posición del Estado, la ley es el derecho del más fuerte y el ideal del bien común y de una colectividad armónica es una fantasía. En el fondo, se trata de quiénes se quedarán con las tierras: ¿los indios, que estuvieron durante centenares de años rascándose las pelotas a dos manos mientras vivían felices de la caza y de la pesca, o nosotros, que vamos tomando legua tras legua de estas extensiones para repartirlas entre nuestra gente más cercana? No piense en términos de verdad y justicia, piense en la lógica del

progreso: incontenible. Así que, volviendo al tema de la mujer que usted ama, pongámoslo en el contexto adecuado y démosle el nombre que le corresponde: exogamia. En cada uno de esos malones los indios matan a algunos infelices y se llevan ganado y caballo pero sobre todo mujeres. ¡Y cómo los calientan las blancas! Entonces se las llevan, las hacen suyas de cualquier manera, dale que dale. Pero entre polvo y polvo las cautivas los seducen con sus encantos, y cada noche, en el seno de cada toldo indígena y al calor de la lumbre, les cuentan el cuento de la civilización a la que fueron sustraídas y al cabo de un tiempo dan a luz a un mestizo al que llamamos gaucho. Ese gaucho, por cierto, sufre la mezcla de sangres: no es indio ni blanco, no pertenece ni a la toldería ni a la ciudad y a la larga se convierte en un desterrado que oscila entre un mundo y otro hasta que en una leva lo sacamos de su tapera y le damos uniforme y fusil y termina disparando contra los indios o volviendo con ellos si escapa de nuestras filas. Y asimismo, mi amigo, pasa a la inversa. Cuando nos hartamos de sufrir los malones, cuando nuestra prensa pide que llegue la hora de la espada y aniquilemos a esos salvajes, lanzamos una expedición y atacamos sus asentamientos y matamos a los guerreros y a las viejas y arriamos con las indias jóvenes y con las criaturas. De estas mujeres, algunas se las quedan los soldados, pero la mayoría van a la venta pública o al reparto en las casas de familias porteñas, donde las educamos para la fe cristiana y como personal de servicio. Usted dirá: ¿y para qué me cuenta Gainza eso que ya sé? Se lo digo para que tenga paciencia: estas idas y vueltas son como el flujo y reflujo del mar, un movimiento constante. De seguro, en alguna vuelta de la ola, le tocará en suerte que recuperemos a María. ¿Otro café?

12

Gainza había tratado de transmitirle confianza pero no hacía falta ser un experto en cuestiones militares para saber que en los últimos meses la relación de fuerzas empezaba a inclinarse en favor del bando enemigo. O al menos eso se decía en los salones y los restaurantes que Alsina volvió a frecuentar. Indios bomberos fueron vistos, de pie sobre el lomo de sus cabalgaduras, contemplando la ciudad a la distancia. Se acercaban, chusmeaban los arrabales, miraban y se iban. Pero no se limitaban a esas observaciones. Cada tanto arreciaban con sus malones, sembrando el desánimo. Puestos en línea con sus viejos fusiles que tardaban un par de minutos entre disparo y recarga, los soldados tenían que salir ellos mismos a la disparada cuando los indios se les iban al humo.

Ahora bien, no parecía que en lo inmediato las tribus tuvieran la intención de ocupar la ciudad. Se habían puesto en marcha, abandonando una inmovilidad de milenios, y seguían una lógica extraña. Cuando estaban a punto de atacar, de pronto y sin aviso rehuían el enfrentamiento. Y a esa sustracción el indio le agregaba otra: con las vacas y los caballos arriados en sus malones perjudicaban al Estado argentino y a los hacendados, privándolos de cumplir con sus acuerdos de exportación, y al vaciar de riquezas al blanco le quitaban los fundamentos materiales de su cultura.

¿Era por eso que seguían y seguían atacando? ¿Por convicción teórica o de puro angurrientos? ¿Para qué llevarse todos los caballos y todas las vacas? ¿A cuántos caballos podía subirse un indio? ¿Cuántas vacas por día era capaz de comer? ¿Se trataba de puro terror al futuro o había comenzado a habitarlos el fantasma capitalista de la acumulación sin freno? En ese caso, tal vez habían llegado a pensar sus territorios como una gran estancia desprovista de cercos… O, incluso, algo más sofisticado.

Lo cierto es que, llegado a ese nivel de acumulación, los indios decidieron proteger sus excedentes y comenzaron a construir una muralla.

13

En realidad esa construcción no fue efecto del cálculo económico sino de una deriva de las costumbres. Desde siempre las distintas tribus acostumbraban juntarse en encuentros que duraban semanas que pasaban hablando de sexo, religión y caballos, pero sobre todo comiendo sin parar lo que asaban en grandes parrillas —vacas, corderos, mulitas, ñandúes—. Iban retirando las carnes medio crudas o a punto o directamente calcinadas y crujientes, cortando por la línea de los músculos, hincando el cuchillo en las articulaciones o partiendo lo duro con hachazos del filo. Y después de aprovechar lo nutritivo arrojaban los restos sobre sus hombros, en gesto de espléndido desdén. ¡Había que ver la estética de ese movimiento! Así, esos restos de huesos, carne dura, grasas, cuero, se iban desparramando o caían uno encima de otro. ¡Y cómo comían atacamas, guaraníes, aymaras, chanés, charrúas, chorotes, chulupis, comechingones, diaguitas, calchaquíes, huarpes, kollas, lules, maimarás, mapuches, mocovíes, omaguacas, onas, pampas, pilagás, quechuas, rankulches, sanavirónes, tapietes, tehuelches, tobas, tonocotes, vilelas, vorogas, araucanos y ranqueles!

Desde luego, siguiendo sus hábitos nómades, iban cambiando los sitios de encuentro. Dentro del marco de un paisaje tirando a chato, elegían las zonas de altura, que les permitían anticiparse al ataque de alguna partida. Y como esa rotación era permanente pero el espacio terrestre no es infinito, comenzó a ocurrir que algunos de esos sitios se repetían, de lo que brindaban evidencia los restos de festines pasados. Maderas quemadas, ceniza, y sobre todo huesos, pulidos y blanqueados, entrelazados y preñados de semillas de llantén y cina cina. Después venían a decorarlos las flores rústicas y modestas del desierto, plumerillos, atisbos de boscajes nativos, mientras que los pájaros hacían su tarea libando gotas de rocío y cagando las semillas

que no llegaban a digerir. En un par de años cada sitio se convirtió en un pequeño matorral, un simulacro de monte, por lo que los indios, encantados con su frescor, pasaron a reunirse en sitios ya frecuentados, y en el curso de esas orgías gastronómicas a repetición, los túmulos fueron creciendo y volviéndose más umbríos y más densos, hasta lo inexpugnable. De allí el siguiente paso: en algún momento un avispado comentó que así como los milicos levantaban fortines y se escondían tras sus empalizadas en prevención de un ataque, ellos también podían hacer lo mismo. Dicho y hecho. Cada comilona se volvió parte de una estrategia de defensa. Durante aquellos encuentros sacrificaban y devoraban animales sin pausa: viejos y jóvenes, guerreros, indias y cautivas. Hasta los recién nacidos, que saltaban de la teta de la madre a clavarle el diente al pescuezo de un cuadrúpedo. Y así y todo se mataba más de lo que se comía y a las sobras se las dejaba pudrir y heder al sol, lo que llamaba la atención de perros salvajes, gatos monteses y pumas, que apenas se arrimaban al festín eran lanceados y luego agregados a la muralla, donde los picoteaban cuervos y los desguazaban caranchos. El sistema funcionaba a la perfección y solo se trataba de continuarlo, avanzando de comilona en comilona sobre los territorios en disputa, hasta que la muralla en expansión terminara por limitar el territorio de los blancos a una estrecha franja de tierra: a sus espaldas el río, al frente la muralla, como solución final los barcos.

Por supuesto, en esa mezcla de improvisación y voluntad de poder los indios no se tomaron la molestia de trazar una línea de demarcación que fuera desde la cordillera hasta el gran río. Ellos comían, tiraban lo sobrante y los años hacían el resto. En algunos tramos había dos, o tres, o cinco fragmentos de muralla en paralelo; parecían imitar el modelo de los sistemas defensivos de las antiguas ciudades europeas, en las que, apenas volteada la primera muralla, exterior, el atacante debe encarar el trabajo de demolición de la segunda, y luego la tercera, y así abatirlas todas hasta llegar a la plaza central; pero a veces la discontinuidad entre uno y otro tramo separaba los túmulos por metros o kilómetros, y se habían acumulado tantos que a la hora de organizar un nuevo encuentro había que poner

a los rastreadores para encontrar el lugar de la cita. Y si se confundían y hasta se perdían ellos, ¿cuánto más no lo harían los blancos? Esa proliferación de entradas podía conducir a una encerrona mortal, su disposición servía como elemento disuasorio, impidiendo las cargas de caballería al viejo estilo, con despliegue de tropas en línea, y obligaba a disminuir la velocidad de la carrera, no fuera cosa que, superado al galope el pasadizo entre una muralla y otra, el agresor se encontrara frente a una tercera y no tuviera tiempo para sofrenar a su montura, con lo que ambos terminarían metidos dentro del mazacote de ramas puntudas y huesos afilados que se hundiría en cuerpos y perforaría vísceras, dejando a jinetes y cabalgaduras incrustados y engrosando la trama.

Entre la fantasía y la realidad, esos túmulos infundían temor a la soldadesca de los fortines. La sola vista llenaba las almas de un sentimiento de desolación. Sus variaciones de forma y tamaño evocaban la existencia de aquello a lo que más teme el hombre de la llanura, que es la sombría montaña. Todos sabían que la base constructiva de los túmulos era la tierra plana y sin cimientos sobre la que se iban juntando las diversas materias, pero su disposición llevaba a pensar que en realidad eran borbotones, emanaciones retorcidas de una arquitectura del infierno. Y a esa impresión se sumaba la presencia de la luz mala, que por las noches ardía azul y blanca. La oficialidad explicaba a los reclutas que el fenómeno era causado por la descomposición cadavérica y el resplandor de los huesos iluminados por la luna, pero para ellos esas luces en flotación, esas pequeñas esferas que andaban a media altura y de pronto estallaban con silbidos, eran almas en pena que recorrían los desiertos en busca de venganza. “¡Gualichu!”, “¡Mandinga!”, gritaban al verlas, empleando los términos mapudungún para referirse al principio maléfico universal. Y por más que la superioridad ofreciera recompensas en metálico, licencias y reducciones del período de servicio, ni mamados se animaban a incursionar en la zona. Una cosa es pelear contra el indio que es diablo —decían—, y otra contra el diablo mismo.

14

A medida que crecían los túmulos, aumentaban los chisporroteos y resplandores de los huesos y la fermentación de la carne macerada hasta conformar una masa gaseosa. Invisible durante el día, al oscurecer se instalaba en el cielo; su aura comenzó a verse desde las terrazas de la ciudad y terminó envolviéndola en una niebla que oprimía los corazones. Los habitantes temían que en algún momento se condensara y cayera sobre sus hogares como una lluvia venenosa o que se encendiera de rayos y relámpagos hasta reventar el firmamento y todo lo que había por debajo. En cualquier caso, que los aniquilara a ellos y borrara la ciudad.

Alsina compartía el pesimismo de los porteños pero a la vez se sentía en la obligación moral de la esperanza. Y fue esa combinación de optimismo histórico con desesperación del presente lo que derivó en una ocurrencia que lo sitúa en un pedestal ambiguo dentro de la galería de próceres de nuestra patria; genio para unos, para otros un idiota. O, en todo caso, el genio del que nació una invención idiota.

Él sabía que, para protegerse, a los indios les bastaba con mantenerse ocultos detrás de sus murallas: pero al hacerlo tampoco podían vigilar los movimientos de las tropas gauchas. Claro que no necesitaban ver para saber: a lo largo de las centurias se habían vuelto especialistas en detectar cualquier mínimo signo que alterara el paisaje. Sus delicadas narinas advertían el olor de un ave o el perfume de la yerba de alguien que mateaba a decenas de leguas; sus oídos finísimos registraban el paso lento de un caballo a una jornada de distancia. Y si les cabía alguna duda, les bastaba con apoyar una oreja contra el suelo, cerrar los ojos y retener la respiración. Por eso había que descartar de antemano una expedición para el rescate de María. Si una partida atravesara el desierto galopando a puro espuelazo y sangrado de caballos buscando aprovechar el factor sorpresa, los

indios la esperarían detrás de sus murallas agarrándose las panzas de la risa. En el fondo, sus líneas de defensa eran una adaptación del modelo usado por los hacendados, que alambraban sus campos para que no les robaran el ganado. Unos preservaban sus bienes mediante sistemas de retención horizontal; los indígenas mediante otro, paralelo pero vertical. Lo que él debía hacer era elegir una tercera opción. En vez de cercar o elevar, se trataba de hundir, excavar. Crear un túnel, cientos de túneles, miles tal vez, que cruzaran la pampa, hasta que uno de ellos acertara con la dirección correcta y le permitiera pasar clandestinamente al otro lado y recuperar a la mujer que amaba. Y para eso había que recurrir a los bichos campestres, todos ellos excavadores naturales: grillos topo, armadillos hada rosa, peludos, mulitas, vizcachas, tatús carreta. De esa forma, los indios no sospecharían nada.

Alsina invirtió buena parte de su fortuna en ese proyecto. Montó un criadero de roedores y mamíferos cingulados que alimentaba con insectos, hierbas, vegetales. Sin nada que hacer, las bestezuelas fornicaban día y noche. Infelizmente, algunas morían durante esos acoplamientos, al aferrar el macho a la hembra con uñas o garras que no gastaban a causa del encierro, estas les crecían hasta provocar heridas fatales; también hacían lo suyo algunas pestes; no obstante, el índice de nacimientos superaba el de muertes y la población seguía aumentando, y a veces los cuidadores no daban abasto con las raciones. Sometidas a esas hambrunas inesperadas, las especies más grandes se precipitaban sobre las de menor tamaño; la mulita, cuyo plato favorito es la hormiga, pasó a no hacerle ascos a la carroña e incluso al armadillo hada rosa o pichiciego, que sucumbía en pleno espamento cuando no escapaba reptando o se lanzaba sobre los grillos topo, que crujían entre sus dientes... Si el mundo es mutación y cruce de elementos, lo que da por resultado una alegoría que sigue sin comprenderse del todo, y de allí el misterio, no era extraño que tarde o temprano todo derivara en resultados distintos a los que Alsina esperaba.

15

Si no era tan genial como para dejar las cosas libradas al azar de su invención inicial, Alsina tampoco era tan idiota como para creer que podría controlar cada detalle del proceso de excavación. Apenas se había hecho una estimación del rumbo general, una ecuación imaginaria. Según su cálculo, se precisaban más de mil ejemplares de cada especie para que, con suerte, uno de ellos trazara un túnel que arrimara a la dirección buscada. En libertad, las especies de su criadero no desarrollaban modalidades de excavación rectilíneas, cada una tenía su propio ritmo de avance, siendo el más lento el del armadillo hada rosa, que no superaba los diez centímetros horarios, y el más veloz el de la mulita, que alcanzaba el metro cada sesenta minutos. Pero tarde o temprano todas tendían a desviarse, a trazar surcos laterales para construir pasadizos donde guardar sus alimentos o crear otros, falsos, que engañaran a los predadores acerca de su ubicación. Los peludos, por ejemplo, construían cavernas en espirales que se angostaban progresivamente, con el objeto de que los gatos monteses, que tenían locura por su carne, no supieran detenerse a tiempo y en el frenesí de su busca terminaran atrapados en aquellas trampas embudo.

Solía ocurrir también que algunas de esas excavaciones se perdieran en ramificaciones cada vez más hondas, como si sus practicantes hubieran encontrado en las profundidades los atractivos suficientes para no regresar. Otras se limitaban a trazar espirales.

En resumen, como los roedores y mamíferos se multiplicaban a ritmo exponencial, Alsina los trasladaba en sus jaulas y los soltaba de a cientos a una distancia prudencial de las murallas indígenas, esperando que las bestias hicieran su obra en el transcurso del tiempo. Desde luego, esos túneles resultarían estrechos, pero imaginaba un rango de excavación tan abundante que algún día terminarían

cruzándose y superponiéndose y el afinamiento de las paredes entre uno y otro túnel acabaría en derrumbes hasta dar espacio suficiente para el paso de un cuerpo humano.

Y podía haber seguido intentando ese procedimiento durante miríadas de años, si no fuera que un día debió enfrentar las fuertes objeciones de Alfredo Ebelot.

Recién llegado a la Argentina, el ingeniero francés le censuró lo ilimitado y no reglado de su método y lo calificó de inconducente.

—Sabrá disculparme —replicó Alsina—. Pero a usted ¿quién lo conoce?

El gobierno argentino había contratado al ingeniero francés con la idea de organizar un sistema "científico" de defensa contra los malones, y de paso para que interpretara el sentido de los túmulos que los indígenas seguían elevando. Que los malones cesaran luego de la erección de esas arquitecturas no fue entendido como una relación de causa y efecto sino como dos hechos no conectados. Por su parte, la pregunta de Alsina expresaba menos su sentimiento de ofensa ante las duras palabras de Ebelot, que su desazón: el gobierno no había tomado en cuenta sus esfuerzos, y por eso había importado al francés. Que por su parte tampoco las tenía todas con él.

16

El cruce del océano distó de ser idílico. Alfredo Ebelot se la había pasado vomitando y abrazándose a los tres palos, rodando a cada barquinazo de lado a lado de la cubierta de *L'invencible* (resto añejo de la flota napoleónica), y no estaba del mejor humor cuando la fragata tuvo que anclar a unos cien metros de la costa. La escasa profundidad del río impedía el amarre en puerto, y Ebelot debió descalzarse y arremangarse los pantalones y enchastrarse los pies en el fondo barroso hasta que pisó tierra firme, donde lo recibieron altos funcionarios del gobierno argentino, que lo condujeron a un hotel, esperaron a que se cambiara y lo llevaron ante la presencia del presidente de la Nación. En el recorrido lo espantaron los charcos de sangre de las vacas que los matarifes sacrificaban en plena calle cortándoles el gañote, lo aturdieron sus mugidos de agonía y lo escandalizó el revuelo de moscas gordas, verdes y peludas alrededor de la carne despedazada. La casa de gobierno le pareció fea, minúscula y pintada de un color afeminado. Del presidente lo impresionó su frente amplia, que prometía una inteligencia poderosa, lo adelantado de su mandíbula, que le confería un aspecto simiesco, lo penetrante de su mirada y su cara de estúpido. Además de la averiguación inicial sobre los túmulos, el mandatario le pidió que delimitara las fronteras con el indio trazando las líneas de ferrocarril que atravesarían el desierto, que supervisara la construcción de un sistema de telégrafos para comunicar los fortines, y que averiguara si lo que estaba haciendo Adolfo Alsina servía para algo. "¿Alsina? ¿Quién es Alsina?", preguntó Ebelot. "Un hombre de mi partido al que acabo de designar ministro de Guerra. Cuando lo vea infórmeselo, no tuve tiempo de darle la noticia", dijo el presidente.

Así que Ebelot fue llevado directo a lo de Alsina, que entonces se enteró de la novedad. Era una humillación con honores. Le encajaban

un cargo y a cambio sería asesorado, corregido o amonestado por alguien que, a partir de su designación, técnicamente resultaba un subordinado suyo. No era la mejor manera de empezar un vínculo.

—Vaya a descansar que el viaje ha sido largo —le dijo. Prefería mascar su rabia en soledad.

—Faltaba más. Descansaré en mi tumba. Ahora quiero ver el territorio donde se desarrollará mi tarea —contestó Ebelot.

"Franchute pedante. Ya vas a ver la que te espera", pensó Alsina y le respondió:

—¿A esta hora del atardecer? No sé cuánto medirá Francia, pero ir de un lado al otro aquí es asunto de días y hasta semanas. Antes de que uno conquiste el desierto el desierto lo conquista a uno, en la tardanza. Hay que armar la expedición, juntar soldados, carretas, armas, montas. Reunir provisiones… Descanse hoy, pasee mañana y a la noche lo busco en su hotel y lo llevo a comer al restaurante más distinguido de la ciudad, así nos vamos conociendo…

Dicho y hecho. Ebelot se pasó el día siguiente en recorridos. Le asombró que nadie hablara francés, la lengua internacional (al menos la de la diplomacia), le molestaron los modales de los vendedores callejeros, el olor a grasa de la empanada frita, la chatura de la urbanización. No había monumentos y las iglesias eran covachas oscuras donde las ratas se bañaban en las pilas bautismales. Le dieron ganas de volverse a París, pero *L'invencible* ya había partido.

Yendo de un lado para el otro, al voltear una cuadra se encontró con el paisaje de más allá los suburbios. Sobre esa extensión sin atributos caía el sol, una desgracia redonda posada sobre unas nubes chirles, rosas, cada tanto atravesadas por manchones de pájaros negros como el moco de un tuberculoso. A lo lejos se veía un árbol solo, ancho, más raíces que fronda. Ebelot estaba tan aburrido, tan dominado por una angustia sin nombre, que decidió alimentar su curiosidad botánica y se fue arrimando, pero ya a pocos metros lo alertó el tufo. En el montón de raíces que se elevaban y bajaban haciendo sus arabescos, los paseantes encontraban el espacio y la reserva propia para ocultarse y usarlo de cagadero.

"¿Y esto es el campo argentino?", pensó. "Mejor perderlo que

encontrarlo”.

17

La pretendida elegancia del Club del Progreso le pareció a Ebelot una imitación casual y desdichada de un bistró sin pretensiones. Opresiva boiserie, menajería incompleta y defectuosa (¿saldos de remate de la guerra Austro-Húngara?), candiles dispuestos de tal modo que oscurecían el contenido de los platos con la sombra proyectada por los comensales.

—Le cuento la situación —dijo Alsina rompiendo el hielo, y le refirió el cautiverio de María y su decisión de soltar sus roedores y mamíferos para que excavaran túneles bajo los límites fijados por los indígenas.

—Así que lo suyo es un acto de amor —dijo al cabo del relato Ebelot, a su pesar impresionado—. Comprendo, y sentimentalmente me pongo de su parte, mas no justifico lo errático del procedimiento ni la dilapidación de recursos que apuestan al acierto en el punto donde el horizonte se junta con el infinito. Es decir, nunca. Mi estimado señor: usted ha concebido un laberinto falso, que pretende la resolución en el espacio pero que hace una brida con el tiempo.

"¿Dónde habrá estudiado este el arte de decir tantas boludeces juntas?", pensó Alsina. Y justo cuando estaba por darle voz a esa pregunta apareció el mozo con una bandeja que desbordaba de achuras chirriantes, humeantes, perfumadas. Esa visión le cambió el humor. Tendió un tenedor tentativo, esto sí, esto no, esto también, y dijo:

—¿Un choricito crujiente, estimado? ¿Le sirvo esta morcillita henchida y jugosa? ¿Qué significa esa cabeceada? Aunque sea le corto media. Son de puro relleno de sangre, carne, cuero, uña y pelo de chanch…

—No, gracias, no consumo embutidos, me alteran la flora intestinal.

—¿Hemorroides, Ebelot?

—Y divertículos.

—Entonces dejemos de lado también la salchicha criolla y su geometría del rulo concéntrico. ¿Un riñoncito, tal vez? Es porción escogida, con fresco perfume a orines, rociada con perejil y ajo para darle sabor rural. O si no, puede probar estos chinchulines trenzados, que la grasita del interior se deshace en la lengua y después baja por los intestinos y se los deja hechos una seda, tapizados. Me animaría a recomendarle que no descarte las mollejas, que son una gloria: de la cavidad torácica de la ternera directo a su estómago. También puede hincar el diente en estas criadillas, los huevos del toro joven. Dan el ímpetu suficiente para atender a toda una generación de jóvenes argentinas…

—Le agradezco pero no consumo vísceras ni partes innobles del animal.

—Dejemos de lado la tripa gorda, entonces. Vamos a la pureza, a los orígenes, al seno materno: ubre de vaca. La teta es parte externa, ablandada a fuerza de leche. Y si tampoco le da la gana, ataque nomás la ensalada, como si fuera un rumiante. Ah, acá viene el plato fuerte. Asado criollo. Mire el color de la carne, ¿no se le hace agua la boca? No se retenga más y hágale los honores a esta tirita tierna y a punto, que dan ganas de entrarle con la mano y después chuparse los dedos, como hacía el guarango de Luis XIV.

—No, gracias. Para mi gusto está pasada, arrebatada, y al sabor brutal de origen no parece disimularlo salsa alguna.

—Acá la sal es nuestra salsa, la tenemos por suficiente.

—Qué rusticidad. Un manjar bárbaro.

—¡Ah, pero mire usted! ¡Olvidaba que en Francia comen la carne como si no conocieran el fuego…! Carne cruda bañada en mermelada de frambuesa.

—¿Le parece mal?

—¿Y a usted? Pero dejémonos de chucearnos y acérqueme la copa, ya que nos estamos peleando sin siquiera haber bebido lo suficiente.

—¿Qué vino es este?

—Pruébelo. Es vino patero.

—¿Y eso?

—Se arroja la uva dentro de unas palanganas y después nuestros sirvientes caminan descalzos en su interior, aplastándola hasta sacarle todo el jugo. Después se cuela…

—Qué asco.

—No crea. Antes de pisotear la uva los mandamos a lavarse las patas. Le lleno la copa.

—Pero que no rebalse.

—Como la felicidad, que no existe. En fin. Brindemos por el encuentro. Arriba, abajo, al centro y adentro. Fondo blanco para este tintillo… ¿Y? ¿Qué tal?

—Pasa ligero por la garganta.

—¿Vio?

—No, lo sentí.

—En una experiencia verdadera participan todos los sentidos. Ahora que lo tengo más relajado, paso a explayarme.

—¿Acerca de…?

—Acerca de mi excavación, que usted objeta. Acerca del modo en que intento liberar a la mujer que amo. ¿Le sirvo más? Claro que sí. Desde luego, el corazón fue el primer motor que guio mis pasos, pero de inmediato este impulso incorporó una causa más amplia que la personal, y es la protección de la naciente patria argentina. Efectivamente, como usted intuyó, hay algo en común entre los indios y nosotros porque queremos lo mismo aunque diferimos en las maneras. Sobre todo porque estamos dominados por la incertidumbre acerca de la moral que conduce nuestras acciones. En el fondo, ¿quién tiene derecho a apoderarse de las cosas del mundo y declararlas de su propiedad? Desde luego, el comunismo sería la mejor solución para una sociedad perfectamente organizada, pero es impracticable cuando se pasa de una economía de escasez a cierto grado de abundancia. Mire si no lo que sucedió aquí. Los indios se las arreglaban con lo que tenían hasta que llegaron los españoles que les robaron buena parte de sus tierras y trajeron vacas y ovejas y caballos. Esos animalitos de Dios, sueltos en estas llanuras perdidas, se multiplicaron por cientos de miles. Y después nosotros echamos a los españoles y… Volviendo al tema de la vaca, ¿qué son esos mamíferos cuadrúpedos?, ¿qué tienen

en común? Son máquinas de producir dinero, es decir, son el mecanismo alquímico que se transmuta en monedas y billetes que se canjean por cualquier cosa existente. Eso lo sabemos nosotros y lo saben ellos, y de allí, en definitiva, el conflicto. ¿Quién tiene más derecho a poseer esos bienes rumiantes? ¿Nosotros, hijos de los españoles que vinieron, o los indios que eran dueños únicos de todo excepto de lo que trajeron los españoles? ¿El Estado argentino en formación o la Confederación Indígena? No hace falta que me conteste ahora. Le sirvo otra copita.

—Gracias. Salud.

—Pruebe esta carne antes de que se le enfríe. No se va a arrepentir. En su simpleza no tiene nada que envidiarle a la *nouvelle cuisine*.

—Noto que la sutileza no es lo suyo…

—No se crea.

—Mire lo que le digo…

—No puedo ver sus palabras, solo imagino sus sentidos.

Y así siguieron, mientras pasaban a los postres. Dulce de leche en plato, mazamorra, membrillo y queso, suspiro limeño, acompañados por bajativos. Liquidada la tercera botella de tinto llegaron el coñac y los puros, y tras el coñac, Alsina lo hizo probar la ginebra. Bebieron hasta el cierre del club y después salieron a tomar la fresca. Los caballos iban al paso, se demoraban ramoneando alguna mata de pasto y soltando sus mazacotes de bosta fresca y perfumada. Cada tanto Ebelot alzaba la cabeza y soltaba suspiros de admiración por el derroche de cielo. Puntas de aguja espléndidas que titilaban sobre su manto negro, dejando salir su hilito de luz que caía sobre las cabezas. Oh oh, decía y estiraba la mano para que Alsina le pasara el porrón de ginebra. Mire la luna, Alsina, es redonda como el culo de esta botella. Dígame una cosa, ¿miramos a la luna o la luna nos mira? Y en algún momento: paremos que tengo que hacer pipí.

Se bajó de cualquier manera, sacó. Su chorro trazó un arco dorado, al principio apuntando hacia arriba como si buscara pegarse al resplandor de las esferas, y después, en línea y hacia abajo, pero manteniendo su brillo, un puñal líquido hiriendo la parva noche. "*Gloria in excelsis deo*", dijo Ebelot, y dijo: "Alsina, mañana me

nacionalizo argentino". Después cayó boca abajo, desmayado.

18

Al día siguiente el francés no se acordaba de lo ocurrido. En cambio Alsina sí, y tomando ese comentario de borracho como la manifestación de un hondo deseo empezó a imaginar acciones para poner a Ebelot de su lado. Primero lo llevó a ver un partido del deporte local. Dos equipos, conformados cada uno por cuatro jinetes, se enfrentaban por la posesión de un pato metido dentro de una canasta de mimbre provista de manijas, que le dejaba afuera cabeza y cogote. Apenas comenzado el juego, el juez lanzaba el pato al aire y los jinetes iban al galope a agarrar la canasta y llevarla a terreno contrario, para terminar arrojándola a un cesto provisto de una red de contención. Ganaba el equipo que sumaba más encestadas.

A Ebelot le llamó la atención los cuidados con que los peones preparaban los equipos para el juego. Los caballos criollos estaban bien cepillados, piafaban en la espera. Eran más bajos que los árabes, pero de manos más fuertes, mejores para resistir las embestidas. Alsina le describía o le nombraba ese ajuar campero y le señalaba partes y objetos cuya función desconocía. Ebelot escuchó mencionar aperos, estribos de hierro pulido, cabezadas, monturas envalletadas, riendas y lazos trenzados, lomillos, frenos, cinchas, recados. ¡Y los jinetes! Sombrero de fieltro de copa alta, atado con pañuelo de hilo bordado en punto cruz; casulla o poncho de lana; camisa de algodón fuerte de mangas holgadas y puños abotonados; chaleco prendido con botoncitos de metal y encima la chaqueta corta, de cuello parado y abierta en la parte inferior delantera; cinto ancho de cuero, adornado con monedas de plata; chiripá de lana de merino; calzoncillo cribado y con flecos; tamangos fuertes con aireación delantera para ventilación de dedos y apoyo en el estribo. A Ebelot le evocaron el aspecto marcial de las tropas del Emperador, en las épocas gloriosas de Francia que él conocía de oídas.

El problema fue cuando los dos equipos se arrojaron a la contienda. El pato en vuelo empezó con sus cuac cuac. ¡Cosa linda de ver cómo al palmípedo se le torcían los ojos de puro terror y cómo revoleaba el cogote para esquivar los manotazos! De todas maneras, entre tironeos, sacudones, golpes y caídas era imposible que durara un partido entero.

—¡Qué deporte inmundo! —sentenció Ebelot—. ¿Por qué no reemplazan al animal por una pelota?

Alsina lo miró como diciendo: “No entendés nada”. Volaba la canasta y de su interior iban escapando plumas y el pobre pato, hecho una masa de puro temblor, solo tenía un instante de alivio cuando él y su envoltorio entraban en el cesto. Pero apenas ocurría esto, alguno de los jinetes del equipo de la valla vencida se inclinaba en su montura y tomaba una de las manijas y entonces la canasta volvía a volar de mano en mano y el pato a graznar como un descosido. Un chillido agudo, como el de la explosión de una galaxia, furia y desesperación constante por la certeza del fin próximo, que llegó cuando asomó por demás la cabeza y medio cuerpo le quedó atorado en la salida. En esos esquives aguantó unos segundos, hasta que una mano lo cazó del cogote y se quedó con esa parte, incluyendo la cabeza, mientras el cuerpo desmembrado se salía de la canasta y quedaba temblando en el suelo. Orgulloso, el jinete alzó el trofeo y lo mostró a los demás y después lo soltó desdeñoso, no fuera cosa que la sangre le ensuciara la mano. Cogote, cabeza y cuerpo quedaron cerquita, como queriendo juntarse. Los jinetes no paraban de reír.

—¡Bárbaros! —gritaba en francés el francés—. Lo que no se come no se mata.

A Ebelot le costó un par de días reponerse de la impresión. Alsina tuvo que insistir mucho para que lo acompañara a otro evento rural organizado en su honor. Era una carrera de sortijas y no habría animal alguno en riesgo, salvo que un caballo se mancara al pisar una vizcachera. Circunstancia más que probable desde que a Alsina se le desmandó su corral y sus animales excavadores escaparon haciendo

agujeros por cualquier parte.

En la carrera de sortijas también hay arco, como en el juego del pato, pero ahí termina la comparación porque ese arco no embolsa nada. De su travesaño, situado a tres metros de altura, cuelga una sortija atada por una cinta rojo punzó, tonalidad importada de la moda francesa de principios de siglo (*rouge ponceau*). Provistos de un palillo que hace las veces de lanza en miniatura, los jinetes se suceden al galope sosteniéndolo como si fuera el hilo que debe enhebrarse en el ojo de una aguja. La operación no es fácil. Para embocarle al agujerito de la sortija hay que calcular la relación entre tiempo de salida y momento de llegada, y prever que el palillo esté a la altura deseada. Por supuesto, es tan mínimo el diámetro de la sortija y tan escaso el tiempo para corregir cualquier desvío de la trayectoria que en más de una ocasión ni un solo concursante acierta a embocarla. Y eso los fastidia tanto que a veces se sacan la bronca pelando los facones y ensortijando tripas ajenas. Claro que eso Alsina no se lo anticipó a Ebelot: lo estaba abriendo a la comprensión de los nuevos panoramas.

Durante un rato el francés contempló el espectáculo con interés, pero no había pasado la media hora que ya se aburría como una ostra. Su miopía le permitía considerar los perfiles borrosos de aquellos centauros pero no le bastaba para distinguir entre mano y palillo. Cada tanto, por los gritos de aprobación y porque un jinete alzaba el brazo al cielo, Ebelot infería que había logrado su objetivo y que estaba mostrando la sortija que él no llegaba a ver, ni siquiera alcanzaba a la rojez de la cinta perdida en la sombra mulata de la mano.

Concluido el asunto, y en su condición de ingeniero, a Ebelot se le ocurrió que si Alsina lo había llevado a ver ese bodrio era porque de algún modo aludía a la cuestión de los túneles. Finalmente, el movimiento era el mismo: excavar la tierra en busca de una mujer o excavar el aire en busca de un aro pequeño. Después pensó que la comparación era inadecuada, porque una cosa es un juego de ajustes en una frívola competencia y otra muy distinta el juego sentimental y político que estaba jugando Alsina. Y no obstante, pese a esa

inexactitud en la relación, había algo que la volvía verdadera. Así que, en vez de decirle lo que había pensado ("la próxima vez avíseme con tiempo, así encuentro una buena excusa para no asistir"), le palmeó el hombro, en confianza:

—Muy linda la carrera. Muy lindo todo y me quedé pensando. Pese a lo descuidado de su barba y su perfume mal elegido, usted, Alsina, en el fondo es un romántico.

—¿Yo? —dijo Alsina, y casi se ruborizó, sintiéndose descubierto en un secreto que no sabía que poseía.

—Sí. Usted. Romántico. Como salido de una novela de Benjamin Constant. Usted, estimado Alsina, es el profeta de la imposibilidad, su poeta. Está empeñado en recuperar a una mujer que dice amar y teme perdida para siempre, y esa obstinación lo convierte en un héroe y un caballero como ya no quedan —y antes de que Alsina lo interrumpiera, ahora sí visiblemente colorado, pero de ofuscación y de ira, siguió—: No se crea que no hice algunas averiguaciones. Mi embajador me informó que esa mujer es dueña de una gran fortuna. Así que si hubiera tenido la intención de regresar a su hogar, el indio la habría enviado en un santiamén después de cobrarle el rescate. Pero no. No lo hizo. Pudiendo, su María no compró la libertad y se quedó en las tolderías. ¿No le sugiere nada eso? Le digo más. Hay mujeres que se desviven por ser tratadas de manera oprobiosa. Es precisamente esa indignidad, esa brutalidad propia de mentes perversas y salvajes como la del mismo Pincén, la que les proporciona las emociones más fuertes… ¡Las cosas que les gustan a esas mujeres! ¡Las cosas que piden! No hablo de un simple tirón en el pelo o un par de chirlos en la colita sino de... algo perturbador... algo que ni siquiera se puede mencionar... lo inimaginable. No digo que este sea exactamente el caso y tampoco descarto que sea aun peor. Me hablaron mucho de Pincén, de su infamia y su crueldad, del modo en que las somete sin asco y sin tregua. Pura locura, pero locura con método. Y eso las enloquece más y más… Y también aprendí…

—Lo que usted todavía no aprendió es a callarse la boca —lo interrumpió Alsina.

—Disculpe que insista, Alsina, pero… un hombre grande y con su

experiencia… Usted quiere tapar el cielo con las manos… ¿No se le pasa por la cabeza la posibilidad de que el voluble corazón femenino cambie de objeto de preferencia y se vea sometido, fascinado por un universo desconocido, entregado a una atracción fatal...? No crea que no lo entiendo, y hasta lo compadezco. Mire que pudiendo tener a un caballero como usted, preferir a un salvaje maloliente… ¿Y usted, pobre? No me gustaría estar en su lugar. Perder a un gran amor, eso debe ser algo terrible... Uno puede extraviar la cordura…

Mientras Ebelot abundaba en ejemplos sobre el asunto (yendo de Helena raptada por Paris a las sabinas por los romanos), Alsina, después del impulso inicial de odio (clavarle el facón en la panza y ahí pincharle la aorta abdominal del puntazo), empezó a pensar en frío. Tan excesiva y alevosa le parecía la actitud del francés machacando sobre su dolor, tan estúpida y carente de tacto, que entendió que Ebelot quería enloquecerlo tratándolo de loco para quedarse con su excavación y su cargo. ¡Trepador! Pero lo peor que él podía hacer era ensuciarse con su sangre. Tenía que parecer un accidente.

—Tiene razón, mi estimado —le dijo con toda la calma del mundo, y ahí mismo se le ocurrió el cómo.

"Quilombo, luces, música, bailongo, alcohol, mujeres. Entrevero. Alguien lo mata", pensó.

19

—¿Aquí también impera el *rouge ponceau*? —dijo Ebelot, parpadeando ante el farolito rojo.

Alsina le puso la mano al hombro y lo fue empujando suavemente por el zaguán estrecho y alargado que se abría a un patio central, rectangular, con la boca de su aljibe a pleno uso por parejas que aprovechaban la penumbra para apoyarse en el borde y darle sin asco a la matraca mientras en el pozo de agua los sapos croaban de excitación. El patio embaldosado se abría a tres habitaciones pegadas una con otra y habilitadas a la circulación de gente, y, pasillo mediante, se conectaba con el segundo patio, provisto también de sus respectivas habitaciones y aljibes, que a su vez se continuaba en un tercero, ya que el dueño del lugar, en vez de comprar una parcela entera y ocupar toda la cuadra, había elegido construir hacia el fondo y los costados, viboreando. Así terminó haciendo una casa de tolerancia con entrada doble, de donde se podía huir cuando la policía entraba en ocasión de crímenes y gestión de coimas. Después, con el aumento de la clientela y la necesidad de nuevos cuartos para las pupilas, amplió hasta completar todo el damero de la manzana. Hizo obra al tuntún, de acuerdo al antojo del momento, levantando muros, tabicando, techando, demoliendo. Las nuevas aberturas a veces llevaban a alguna parte y otras terminaban frente a una pared solitaria, rasgada por el dibujo de una hiedra seca. Llegó el momento en que ningún cliente sabía cómo encontrar a su pupila favorita o dónde estaban la cocina y el baño.

Alsina y Ebelot fueron caminando despacio, pasando de patio en patio, demorados por la marea humana. El ingeniero no había recibido información acerca del lugar y le llamó la atención lo ligero de las prendas de las mujeres, lo recargado de sus maquillajes y lo descarado de su trato. “Qué fáciles son las argentinas”, pensó, y de

inmediato se avergonzó de esa reflexión impropia de un caballero. Por eso, cambiando mentalmente de tema, comentó:

—Esta casa parece una ristra de chorizos, por lo entrelazada.

—Si algo no falta acá, es chorizo haciéndole el repulgue a la empanada —contestó Alsina, creído de que la vulgaridad le aportaba un toque mundano.

Pero Ebelot ya no pudo escucharlo (tampoco habría entendido la alusión) porque el rumor de la música y las conversaciones y los gritos de la multitud tapaban la voz de su guía. Habían llegado al cuarto o quinto patio después de haber doblado dos o tres veces a la izquierda. Sobre una tarima, guitarra, charango, bombo y violín sonaban fuerte. Con la música fueron cayendo los que estaban distribuidos por los otros patios, así que el espacio empezó a achicarse y el ambiente se caldeó con los apretujones de los presentes, tintas de rubor las mujeres y al palo los hombres. Cada quien agarraba a su pareja o se agenciaba una al voleo. Alsina, alzada la jeta, oteaba a la distancia hasta que en medio del barullo divisó a un puntero político de la zona, guapo de facón en cintura y deudor de algunas muertes. El hombre estaba rígido en medio de la barahúnda, nada de agitar las manos o quebrar la cadera porque los hombres duros no bailan, pero no soltaba a una morena a la que hacía seguir su paso para apartarla del roce con el vecindario. La morena era un bombonazo, así que apenas descubierta la pareja Alsina codeó a Ebelot y señaló en su dirección: “No se me duerma, Alfredo, que esa morocha está con usted”. Ebelot, miope severo, respondió: “¿Cuál esa, Adolfo?”. Alsina lo agarró del brazo y atravesaron medio patio hasta quedar casi pegados al objeto de interés. Ahí, entonces, volvió a señalarla con discreción, no fuera cosa que el guapo se alertara: “La que baila con el tronco que no baila. ¡Está alzadísima! ¿No ve cómo lo mira?”. “No veo nada”, dijo Ebelot, y esforzó la vista: “¡Ah, pero está acompañada!”. A lo que Alsina respondió: “¿Y qué hay? Pídale permiso a la pareja. Bailen una pieza y después se la lleva al cuarto”. “¿Y me lo concederá?”. “¡Más bien! ¿Quién va a negarle ese favor a un extranjero ilustre?”. “¿Le parece?”. “¡Pero seguro! El hombre lo va a considerar un honor”. “Qué ligereza de costumbres la de este país”, observó Ebelot. “Así somos los

argentinos. Igualitos a los esquimales. Vaya, vaya". Ebelot se arrimó al guapo y le dirigió unas palabras corteses. Para su sorpresa, en vez de apartarse el malevo largó un insulto y sacó su facón. "No no, monsieur, creo que usted no ha comprendido mis intenciones…", empezó Ebelot, pero música y baile se interrumpieron y el gentío armó ronda alrededor de los dos. Como el francés no cargaba arma, alguien le tendió la suya. Ebelot se quitó los lentes, los frotó con el borde de su camisa, luego volvió a ponérselos y estiró la mano en aceptación. Un suspiro de pena escapó de los pechos del mujerío. Triste destino el del gringo lindo, que iba derecho al muere empuñando un facón que acaso no sabría manejar. Alsina sintió una punzada de remordimiento, se le arrimó y le sopló bajito al oído: "Alce la punta en cuarenta y cinco grados, el filo para arriba, y si le entra en la panza gire el mango, haga una rotación doble, para cortar la tripa en diagonal". Ebelot lo miró en frío: "Gracias por el consejo".

El guapo ya se había envuelto el brazo izquierdo con el poncho y, facón en ristre, sacudía el brazo derecho en movimientos circulares, puro floreo y presunción. Ebelot, en cambio, tenía agarrado el arma como si fuera una cuchara sopera y se mantenía erguido, descubierto, el vientre sin protección, como ofreciéndose al otro para que lo ensartara al primer intento. Alsina lo alentaba: "¡No se me achique, Alfredo!".

Ebelot no se achicó. Nadie entendió siquiera cómo hizo para esquivar el primer puntazo. Ni el segundo. Al minuto, y por mucho que se esforzara, el guapo no había podido dibujarle ni una flor de lis en la mejilla, y encima Ebelot le adivinaba los movimientos y lo dejaba zurciendo el aire, y después, cuando se aburrió, empezó a sopapearlo a planazos, dale que va con lo ancho de la hoja, hasta que rojo de vergüenza el guapo pegó media vuelta y se mandó mudar.

Aplausos.

Alsina llegó a ver cómo la morena se prendía del brazo de Ebelot y se iban derecho hacia las habitaciones. De rabia buscó consuelo besuqueando el pico de una botella hasta que se le nubló la vista y el suelo le empezó a temblar. Se metió en la casa buscando silla o sillón donde desplomarse pero no encontró asiento, así que siguió

caminando porque sabía que caería redondo apenas se detuviera. Anduvo de pieza en pieza entreviendo felicidades ajenas y pidiendo disculpas a los revoltijos de cuerpos acostados. Buscaba cama libre y no había. Anduvo perdido, pisoteando botas y prendas tiradas en el piso, hasta que una mano lo frenó posándosele en el pecho, después le acarició la cara y le tocó la barba. “No sigas”, le dijo María. Y lo llevó a través de cuartos donde colgaban tapices o telas o telarañas tejidas en rumbosos hilos de plata, y se quedaron en uno. Y ahí María lo acostó y se le puso encima y se dejó abrazar. Algo en Alsina supo que no era momento de hacerla suya, porque estaba estallando en lágrimas y ella le decía: “Bueno, bueno, Adolfo, ya estoy acá”. Entonces él le preguntó por qué, por qué tanto sufrimiento, por qué tanta espera, por qué todo, y ella le dijo que callara y lo besó. Y después Alsina no se acordó de más nada.

Al despertar, Ebelot estaba sentado al borde de la cama. Sonriendo, le dijo:

—¡Qué noche esta noche. Adolfo! Y se la debo a usted. Eso sí, no me pida detalles. ¿Tomamos unos mates?

20

Las crónicas de la época presentan escenas similares a la recién narrada, llenas de mil y una picardías recíprocas. Se dice, por ejemplo, que en otra ocasión Alsina llevó a Ebelot a un espectáculo de doma de vaquillonas, prometiendo destrezas propias de centauros. Algunos gauchos contratados para la ocasión y acicalados con pilchas de domingo se iban subiendo a vaquillonas mansas, que emprendían un trotecito corto y a los segundos se detenían a contemplar el aburrimiento infinito de los espacios siderales. Endulzado por esa facilidad, Ebelot no vio el peligro y quiso probarse como hombre de a caballo de vaca. Lo sentaron sobre un ejemplar mantenido aparte. Era una vaquillona arisca a la que entre cuero y montura le habían encajado pinches, rastrojos y ortigas, así que apenas sintió el peso del francés empezó a saltar de acá para allá, parándose de manos, volcando el testuz hacia atrás. Ebelot trató de dominarla, tiró de las riendas, le clavó los talones en los ijares, le acarició el cogote, le habló en francés, primero tiernamente (*calme-toi, ma douce, ma jolie, mon cœur de riz*), luego furibundo (*assez, vache du diable, fille de mille putain set la mère réputée qui vous a mis au monde, pardonnez l'expression*) pero la vaquillona ni mu. Estaba soliviantada por los alaridos del gauchaje que sacudía las boinas mientras fingía querer pialarla. Se le ponían delante y soltaban los lazos en dirección de patas o cabeza, los lazos zumbaban y caían en cualquier parte. Loca de bravura, la vaquillona se tiraba contra las tranqueras, por lo que el francés corría el riesgo de ser aplastado. Alsina, que había instruido al personal para que errara a propósito, sacó pecho de entendido y amagando serenidad tomó él mismo un lazo, lo revoleó y lo arrojó con relativa fortuna. La cuerda cayó sobre el animal y medio que se le enganchó en una oreja. Ebelot vio la oportunidad de salvación y le rogó: "¡Atala, atala, Adolfo!", refiriéndose a la vaquillona. Alsina le contestó: "Lamento. No la he

leído", aludiendo, el muy ladino, a la famosa novela *Atala*, de François-René de Chateaubriand. La soga cayó al piso.

Finalmente Ebelot se descabalgó de un salto y no sufrió mayores consecuencias, salvo la molestia por las humoradas idiotas de los locales:

—¡Mozo jinetazo ahijuna! —decía uno.

—¡Piuuuu! —acotaba otro—. Capaz de llevar la vaca a sofrenarla en la luna…

En esas distracciones pasaba el tiempo, y el argentino seguía indeciso entre asesinar al francés, introducirlo al conocimiento de las costumbres locales o establecer una nueva instancia del vínculo, previa a retomar la tarea de los túneles. Bajo pretexto de festejar alguna imprecisa fecha patria, Alsina organizó una jornada campestre a puro asado de chivito y de cordero. Sabiendo que Ebelot presumía de fino (ya le había hecho ascos a la carne vacuna en el ágape inicial), le encomió las diferencias de sabor, cocción, consistencia, condimento y ámbito de cría, además de distinguir los sitios donde se consumían.

—Un restaurante es un ámbito de discriminación, reflexión y contención —le dijo—. En cambio el típico asado campestre se monta en plena naturaleza, sabe a cosa elemental y primera. El corte que a uno le toca se agarra con las manos, se le clava el diente y se va zajando pedazo a pedazo. Para no hablar de otra exquisitez complementaria, morder los huesos, que se quiebran y te dejan chuparlos hasta el tuétano.

Sin nada mejor que hacer (todavía no llegaba el equipo de poceros y agrimensores contratados), Ebelot aceptó el convite.

El evento abrió temprano, todavía no cantaban los pájaros. En lo oscuro, apenas ardió un montoncito de pasto seco, fueron agregando ramas de arbustos para que el fuego creciera. Las manos se calentaban en cristiana comunión, y cuando el sol salió, ya la pava, puesta al rescoldo, empezaba a largar su vapor. Circularon el mate amargo, la galleta seca y el vino dulce, acompañados de guitarreo, mientras la madera se iba volviendo carbón. Ahí nomás se clavaron las lanzas de fierro, una por una, en derredor del fuego. Crucificadas las bestias, se fueron cociendo parejo. Al rato chirriaban soltando grasa que

resbalaba por los entresijos del cuero y la carne, carne que pasaría del rojo vivo a la ternura de un marroncito tentador, en tanto el cuero iría tomando un dorado brillante y lustroso, volviéndose costra crepitante. Pero para eso faltaban horas, que se estiraron en conversaciones de las que Ebelot no entendía ni jota. Los gauchos parecían comunicarse en una forma arcaica del español mientras se pasaban de mano en mano unos charutos negruzcos, gordos y mal armados, cuyos humos parecían ensimismarlos.

Al principio el francés se abstuvo de fumar con ellos, pero terminó probando para no ofender. Con la primera pitada el humo le entró en los pulmones en un ramalazo ácido, una quemazón; tosió doblándose sobre sí mismo mientras los gauchos reían. Alsina le palmeó la espalda hasta que Ebelot se enderezó y, amasando el charuto con el índice y el pulgar, volvió a pitar. La segunda aspiración fue más aguantable y el francés percibió algo distinto, una especie de bienestar en sus pulmones. Así que pitó por tercera vez, se tiró hacia atrás para hacer más lugar. Sintió que los músculos se expandían y los órganos internos se dilataban, y después el cuerpo se le fue aflojando como si estuviera adormeciéndose, solo que estaba despierto en comunión con aquel entorno de palurdos que de repente eran sus amigos. Y lo más lindo era que también entendía de lo que hablaban, no por las palabras, de las que pescaba una de cada cien, sino por la intención. Ahora, en medio de aquella llanura y entre esos desconocidos, entendía la rareza de su circunstancia. Lejos de su país, apartado de su familia, en ese mundo extraño, se encontraba con un destino inesperado, con el íntimo humillo en la garganta.

Se puso en pie y dio unos pasos en dirección al horizonte, que estaba por todas partes, como los ángeles. Alsina quiso detenerlo pero Ebelot le hizo un gesto con la mano y fue siguiendo sus propios pasos, que estaban adelantados, imantados en el piso, y nadie podía verlos excepto él mismo, hasta que fue una mancha y un puntito y desapareció.

Salieron a campearlo y a la mañana siguiente lo encontraron

montado a la rama más alta de una hierba gigante (ombú), con la mirada perdida en los túmulos o las murallas que se pegaban al horizonte. Al principio no pareció reconocer a nadie; estaba despertando despacio de una ensoñación. Contó que en su camino se le había abierto el apetito y comió un par de hongos de capuchita amarronada, y después lo agarró el cansancio y se subió a la hierba, porque temía el ataque de algún puma. Cuando despertó era de noche y no había ningún carnívoro rondándolo, sino una vaca. La vaca pastaba sin apuro y la luz de la luna iba cayendo sobre ella, buscando subrayarle las partes blancas y las partes negras, y las partes negras brillaban cada vez más, el negro pasaba del pardo al azul y del azul al negro del inicio pero más profundo, como un negro de vacío o de agujero, y lo mismo las partes blancas, que se volvían de plata y reflejaban lo de arriba, porque negro y blanco eran el cielo y la vaca no era una vaca sino un enviado de los dioses, una vaca mística. Y entonces la vaca le habló y él le contestó.

Por supuesto, dichas estas cosas en aquel tono sereno, los gauchos las tomaron como una revelación y alguno se persignó. Pero Alsina no se la dejó pasar:

—Así que hablaron, ¿no? —dijo—. Usted y la vaca.

—Así es. Yo y la vaca.

—Qué cosa. ¿Y fue por mucho rato o cruzaron un par de palabras nomás?

—No me fijé en mi reloj, pero para mí que fueron horas.

—Ajá. De la noche al amanecer. ¿Y qué le dijo, si puede saberse? Porque como la vaca se toma su tiempo para comer y pasa cada brizna de pasto por sus cuatro estómagos, de seguro que a la hora de la conversación debe haber hablado de cosas que meditó mucho. La vaca.

—Sin duda.

—Y usted no le habrá ido a la zaga. Debe haber sido un lujo, un derroche del pensamiento.

—Así es. Alta filosofía.

—Habrán charlado sobre Platón, Aristóteles, Sócrates... Como en la Academia de Atenas, sin ir más lejos.

—Usted sabrá disculparme la reserva, Alsina. Pero la vaca me pidió que no le contara nada ni aunque usted me preguntara.

—¿'Contara' y 'preguntara', o 'cuente' y 'pregunte', le dijo?

—No sé, me parece que a ella no le importaba mucho el distingo entre los tiempos verbales.

—Lo que a mí me parece es que usted me está tomando para la chacota.

—¿Ah, sí? ¿Y usted, que finge creerme cuando le digo que hablo con un rumiante?

—¿Qué tendría de raro? Acá nosotros hablamos con los perros y los caballos.

—Eso seguro. Pero ¿les contestan algo?

—¡Más bien!

—¿Y es algo con algún sentido?

—El perro le ladra a la luna. Eso algún sentido tiene.

—¿Le contestará la luna?

—Es asunto de ellos…

—Lo que no tiene sentido es esta conversación. ¿Pasamos al mate o a la giniebra?

Y así, hablando al pedo nomás, nació entre ellos la amistad.

21

No hay nada más lindo que un acuerdo de voluntades. Ebelot y Alsina entendieron que debían sumar esfuerzos. Sobre todo porque las cosas variaban a cada rato. Así como las fronteras entre indios y blancos eran móviles, también los túmulos habían cambiado de sentido o ganado uno nuevo, que se añadía al original. Si en los comienzos servían para retener vacas y caballos y evitar la fuga de las cautivas, ahora eran una especie de telón desplegado por leguas y leguas y que servía para ocultar las intenciones aborígenes: estaban preparando un ataque, el golpe definitivo de la Confederación Indígena contra el Estado argentino. Serían cientos, miles, cientos de miles de indios saliendo a los gritos desde atrás de la muralla, alentando el retumbar de los millones de cascos al galope. Por lo tanto —acordaron los amigos recientes—, los túneles que iniciara Alsina debían sistematizarse, volverse obra consciente de la actividad humana, convertirse en una zanja lo más amplia y profunda posible, destinada a impedir que ese gran malón la atravesara.

Es claro que si Alsina debió ceder ante la necesidad de evitar ese mal mayor, íntimamente siguió determinado a continuar con su suelta de roedores y su busca del modo de infiltrarse en territorio enemigo. Quizá —pensó—, el momento más adecuado para hacerlo sería cuando atacaran los indios, porque entonces sus defensas quedarían desguarnecidas y resultaría más fácil pasar del otro lado y rescatar a María.

Por su parte, Ebelot, una vez llegadas las herramientas, el personal técnico y los poceros, dio comienzo a las tareas. En principio planeaba hacer zanja a lo largo de una extensión lineal de ciento diez leguas, aunque la intención última era estirarla con el tiempo hasta atravesar el continente de océano a océano. La boca o abertura debía superar los tres metros de ancho a nivel de la superficie, una distancia difícil de

sortear para la mayoría de la caballada, tener una profundidad mínima de dos metros y una anchura de fondo de medio metro, lo que impediría que pudieran salir los equinos que se hubieran desplomado en el foso. Pero además había pensado en la manera de volver el obstáculo aún más insuperable, una zanja fortaleza, previendo que, al lanzarse a un malón de magnitud descomunal, los indios habrían calculado un porcentaje de caídos que en amasijo de humanos y bestias irían encimándose hasta tapar la zanja, como un puente de carne sobre el que cruzaría el resto. Y a tal efecto enviarían primero a los viejos sin dientes montados sobre matungos que no servían más que para alimento de perros. Así que decidió que la tierra excavada se emplearía en levantar parapetos que se cubrirían con arbustos espinosos hasta formar setos espesos. También se había anticipado a la posibilidad, señalada por los topógrafos, de que parte del subsuelo fuese de roca dura. En esos tramos la zanja sería reemplazada por terraplenes que presentarían en relieve el mismo perfil que la trinchera en hueco, y se cubrirían con los citados arbustos.

Claro que el hombre propone y la naturaleza dispone. Cada dos por tres los poceros italianos se topaban con las aberturas hechas por los animales liberados del criadero de Alsina. Algunas eran pequeños surcos a centímetros de la superficie, al hundirse ni alcanzaban para provocar un esguince, pero otras podían tomarse por galerías hechas y derechas, sostenidas algunas por la sequedad natural de la tierra, húmedas otras por su cercanía con aguadas y lagunas, y que apenas comenzaba la tarea de excavación humana se derrumbaban, por lo que la tarea de zanjado empezó a demorarse a causa del creciente número de muertos y heridos. Perdido en su sueño de amor (egoísta como todo sueño), Alsina no se alteraba por la cantidad de víctimas. Sí, en cambio, le llamaban la atención algunos signos extraños que comenzaban a advertirse en el transcurso de la obra.

El primero de ellos fue el descubrimiento de un hueso. Apareció en medio de una palada, sucio de tierra, carcomido por el tiempo y quebrado en diez partes. Juntas, medían ocho metros de largo. No había hueso de vaca o de caballo que alcanzara ese grosor y tamaño, y el pocero que lo encontró ni siquiera se había animado a tocarlo, se

limitó a quitarse la gorra en señal de respeto. Era el hueso de un animal prehistórico, extinto por la gracia de Dios que no quiso que nuestra especie sucumbiera ante predador de semejante tamaño. El caso es que restos como ese siguieron apareciendo y al cabo de un par de meses ya no llamaban la atención. Quedaban tirados a un lado del pozo, y de noche, cuando el campamento dormía, los chupeteaban los perros cimarrones.

Más llamativo fue lo que sucedió, no con lo encontrado sino con lo perdido. Como está dicho, algunas galerías abiertas por los roedores se comunicaban con otras. Más de un pocero se dejó llevar por su impulso (era más fácil continuar cavando que detenerse y reflexionar) y siguió por la abertura sin atender a su estrechamiento progresivo y la falta de luz y de aire, por lo que terminó sucumbiendo en asfixia y apretón. Sus compañeros lo descubrían semanas más tarde, la cara irreconocible y el resto también, devorado a medias. Esa no fue la única manera que encontró la muerte para llevarse al personal de obra. Cada tanto un pocero hincaba la pala sobre una parte blanda, la tierra se abría y hombre y pala eran succionados o capturados por algo que estaba dentro de ese agujero, algo que era más rápido que la vista y lo bastante fuerte para llevárselo de un tirón.

Alsina, que hasta entonces se había equivocado en todo, esta vez acertó en la naturaleza de los sucesos aunque se cuidó de comunicar sus sospechas a Ebelot, seguro de que el francés no le creería: su racionalismo vulgar descartaba las riquezas fantásticas de la realidad y le diría que estaba hablando gansadas. Sin embargo, Alsina estaba seguro: algo que en términos de evolución de las especies hubiese debido producirse a lo largo de millones de años había ocurrido en un tiempo relativamente breve: mientras abrían sus recovecos y exploraban los terrones en procura de bichitos, larvas, insectos o ratoncitos de campo, sus animales habían empezado a alimentarse de los restos de las bestias prehistóricas mantenidas casi intactas por el frío natural de las corrientes subterráneas, y por osmosis fueron adquiriendo sus características. De unos habrían tomado el tamaño, de otros el dibujo de la mandíbula, o la fuerza muscular, o la velocidad y el talento para el ataque, o todo junto…

A cielo y campo abierto y bajo la superficie, el ciclo iniciado en las jaulas de su criadero continuaba y se perfeccionaba para abrirse al mundo en forma de escenario de terror. Mientras tanto, como un grito del destino, cada tanto se escuchaba el llamado a la distancia: ¡chajá, chajá!

22

Como era impensable, tenía que ser cierto. Y aunque nadie, excepto Alsina, había comprendido la razón de lo ocurrido, el miedo no dejaba de crecer. Por las dudas, los poceros cada vez sacaban menos tierra a cada palada, se la pasaban rezando, murmurando *il diavolo, mamma mia, madonna santa*.

Para calmarlos Ebelot repartía estampitas de santos, crucifijos de madera y raciones dobles de alimento, y ante cada desaparición repentina argüía fallas de estructura, causas naturales, descuidos y accidentes de trabajo. Claro que la situación no podía eternizarse.

Primero fue una cosa de nada, una minúscula semiesfera, en realidad un corpúsculo oval, transparente, donde la materia líquida se ensanchaba en su base por efectos de la gravedad. ¿Cuánto pesa una gota en caída libre y a qué velocidad se desplaza? Ebelot podría haberlo calculado pero dormitaba en su tienda, agobiado por el calor del mediodía. Después cayó otra, y otra más. Alsina, que estaba al aire libre, contemplando las tareas de los poceros, o más bien su cesación, sintió sobre la frente el golpecito de una, la cuarta o quinta gota. “Qué raro”, pensó, porque no se veía una sola nube. Era la época en que los pajonales amarillean y el campo está más vacío que nunca. “¿Lloverá?”.

Y sí, empezó a llover.

Repiqueteo, pareja percusión asordinada golpeando contra la tierra sequísima, sobre los pocos pastos ralos, que aguantaban la caída y la acompasaban inclinando sus hojas. Cristalinas y alegres y claras, las gotas hacían su impacto en las lagunas y reverberaban en ondas y los bagres salían a la superficie para que la lluvia les rascara la cabeza, circunstancia que aprovechaban las águilas coronadas y los halcones para atraparlos y llevárselos a las alturas, luego soltarlos y una vez estampados contra una piedra o la misma tierra, abrirlos por el vientre

y comerse las tripas. Y en esa música se tañían también las cuerdas del aire, invisibles y trémulas, donde moscas y mosquitos hacían piruetas para esquivar los golpes de lo que ya era aguacero, y en muchos casos no podían evitarlos así que iban de sacudón en sacudón, golpeados y hasta rotos en la altura, pero a su vez quebrando con la relativa solidez de su masa las gotas en miríadas que los reflejaban durante un instante, aquí un fragmentito de ojo, allá un pedacito de estructura quitinosa verde, cosa que aprovechaban jilgueros y calandrias, que habían estado balanceándose en la tormenta, las alas abiertas para espulgarse, y con ese regalo se hacían su festín.

El sombrero lo había protegido en los comienzos, pero cuando la lluvia arreció las alas se doblaron por el impacto y el agua se derramó sobre sus hombros y espalda. A Alsina mucho no le preocupó. A unos pasos estaba su carpa de lona militar, impermeable, capaz de aguantar el más fuerte de los chubascos. Pero como el chaparrón no cesaba se preguntó cómo estarían sufriéndolo en las tolderías, hechas de mixturas de cuero y de pedazos de trapo viejo. No le preocupaban los indios, acostumbrados a la intemperie, sino las mujeres blancas, de pieles finas y castigadas por el sol y que ahora, escondidas bajo toldos que filtraban por todos lados, extrañarían la protección de sus casas de material o de barro y paja. Se imaginó a María, de pie y con la cara alzada bajo la tormenta, contemplando el cielo chispoteado de relámpagos y pensando en él que pensaba en ella, y pensando también que ese era el momento propicio para fugarse del asentamiento indígena, ya que la cerrazón de la lluvia impedía ver a dos pasos de distancia: caminar y caminar y salir al desierto, alejándose, yendo a que él la buscara. Pero era un intento imposible. Al minuto de andar chocaría contra los túmulos, uno tras otro, durante toda la tormenta.

Otra preocupación lo asaltó, de puro enroscado. Que las tolderías estuvieran en bajos inundables y que el diluvio multiplicara su furia hasta ahogarlos a todos, empezando por María y siguiendo por los recién nacidos y los niños de pecho, que esos sí le parecían menos salvajes y le daban pena. Pero Alsina sabía que los indios armaban plaza sobre las tierras altas. En cambio, de su lado, la zanja empezaba a llenarse, a rebalsar, y teniendo en cuenta las innumerables galerías

trazadas bajo tierra, capaz que de un momento a otro el suelo se abría en un agujero monumental y él y Ebelot y los poceros y los baqueanos y los soldados terminaban hundiéndose entre las chorreadas paredes verticales, tragando barro hasta ahogarse en el mismísimo infierno. Y era el infierno lo que parecía anidar allí, porque aún en medio de la tormenta y de su bruma se veía un borboteo en una zona de la zanja, unos globos de vapor que al estallar lanzaban gotas de marrón hirviente que iban enfriándose a lo largo de su disparada, hasta aplastarse tibias contra objetos y personas, en un puntillismo furibundo que de inmediato lavaba la lluvia.

Lo curioso fue que los poceros, que en los días previos rehusaban acercarse a la zanja, ahora se iban arrimando. Efecto tal vez de la fascinación que produce lo oscuro en las mentes simples, ni siquiera se cuidaban de las ardientes salpicaduras sobre sus caras. “Ahora todos parecemos indios, indios pintados para la guerra”, pensó Alsina. La lluvia no había menguado pero caía en diagonal, permitiendo observar el fenómeno. El hervor crecía y se expandía en círculos de diámetro creciente, como si una piedra gigante hubiese sido lanzada desde los abismos y se agitara en la superficie después de haber hecho impacto, solo que la superficie era pura licuefacción, dentro de la que había algo que emergía de a poco. Era una masa informe, convexa, compuesta de pequeñas tejas irregulares superpuestas, como una armadura tosca o un caparazón hecho de hueso recubierto por placas de epidermis queratinizadas. Alsina vio salir a la cosa aquella. Parecía un charango gigante boca abajo, solo que no era instrumento sino animal vivo, más grande que un elefante, más grande que un mamut, que iba despegándose del barro en medio de un tremendo ruido de succión. Capas y capas brotaban en la mescolanza de esa forma, hasta que la bestia se volvió sobre sí misma, pataleando como cucaracha panza arriba. Era un armadillo o tatú carreta hipertrófico, cien veces más voluminoso que el original, mezcla de tortuga y dinosaurio. Y la bestia se volvió, enderezándose sobre sus patas, se dejó ver entera y aulló volcando la cabeza hacia atrás. Alsina retrocedió, pensó en volver a su tienda y buscar un fusil, aunque para abatir al engendro por lo menos precisaría un cañón. De pronto, el monstruo soltó su

llamado. Era un llamado de intensidad indescriptible, dulcísimo y horrible a la vez, oscilaba entre el rugido de amor de una fiera y la manifestación de un hambre devoradora. Hubiese hecho falta un paleontólogo para descifrar el sentido de aquello que temblaba y hacía vibrar el aire. Era un llamado de lo salvaje a lo salvaje, de un ejemplar único buscando a su igual que no existía o que no había aparecido aún, y por eso el monstruo seguía atronando en soledad. Era el llamado de un dolor y un ansia y un deseo tan poderosos que daban ganas de llorar, y los corazones de los hombres se estrujaban virilmente y algunos derramaron sus lágrimas, que se perdían en el llanto mayor de la lluvia. Y hubo uno que sintió tan hondo ese grito que se le arrimó. Y la bestia se volvió y en una milésima de segundo se puso a milésimas de centímetro del pocero y su mirada se le clavó como un fuego rojo y maligno y amarillo, las pupilas negras lo magnetizaron, cada ojo tenía el tamaño de la cabeza del pocero, que despegó los labios para decir algo, lo que fuera. Con la misma velocidad con la que había girado para enfrentarlo, el monstruo se volvió, le dio los cuartos traseros, separó las patas como si estuviera a punto de parir, y su cloaca entró en dilatación. Era un corredor denso y oscuro, resbaloso de materia fecal y líquidos, tapado apenas por dos colgajos de piel, y el olor que brotaba de ese interior no era fétido sino perfumado; el perfume se difundía a medida que la cloaca aumentaba su diámetro permitiendo observar la terminación del tubo digestivo, el aparato urinario y el órgano reproductor, que desembocaban en sentido caudal. Eso duró unos instantes, los necesarios para que la dilatación alcanzara su punto máximo. La tripa fecal se retrajo, también la gruesa vena ocre que soltaba chorros y chorros de orín, y apareció el pene, gruesísimo, verdinoso, marmolado de muescas. El pene se agitó anheloso y ciego desplegándose y enroscándose, giraba con los movimientos hipnóticos de una cobra hasta que su punta bicéfala, un hongo doble, cada una de las partes del tamaño de un ternero recién nacido, chocó con el cuerpo inmóvil del pocero. Entonces se detuvo, recorrió de pies a cabeza al pobre hombre, y luego, con la velocidad del rayo, lo envolvió y ató como a un matambre y lo introdujo en la cloaca. Un instante después, la bestia y

su presa habían desaparecido en la zanja.

23

Apenas escampó, los poceros reclamaron sus jornales atrasados, armaron sus petates y se volvieron a la ciudad. Allí, unos esperaron la llegada a puerto de alguna embarcación que los regresara a Europa, mientras que otros se fueron quedando en la zona sur, ocupando habitaciones precarias y superpuestas y empezaron a cruzarse con el elemento local. La zanja quedó a medio hacer, era más lo que faltaba que lo que había. Sin otra ocupación, Ebelot salía a diario a caballo y contemplaba melancólicamente esos paisajes de abandono, marcaciones de la belleza crepuscular que caracteriza al resto de una ilusión. Claro que la estética de lo inconcluso le era ajena. Veía sin ver y se paseaba sin conocer el verdadero sentido de lo ocurrido. Cuando el saber estaba a punto de posarse sobre su alma, el enojo lo espantaba como a un mosquito. Entonces voceaba: "¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! ¡La reputísima madre que los recontra mil parió!", frase que dedicaba especialmente a Alsina, a quien consideraba responsable de los derrumbes, y que incluía a todos los argentinos.

Tampoco era mejor el estado de ánimo del otro. Luego de los enfrentamientos iniciales había llegado a confiar en los conocimientos de Ebelot, o por lo menos tuvo fe en que encarnara las virtudes modernas de la ciencia y la técnica. Pero ahora, dominado por el sentimiento de fracaso, se dolía de haber creído que solucionaría su problema. "¿Cómo pude creer que este idiota…?", y ni siquiera concluía mentalmente su idea; espumarajeaba de odio al verlo pasear en alazán como si fuera dueño de aquellas inmensidades. Con la huida de los poceros italianos se interrumpieron los trabajos y en el campamento sobraban las bebidas, el dinero y la comida, por lo que el gauchaje de las inmediaciones empezó a arrimarse y a ofrecer sus servicios de ceba del mate y preparación del fuego para los asados, del que luego se llevaban la mejor parte. Dentro del esquema del

resentimiento mutuo, Alsina y Ebelot se juntaban a la hora del almuerzo y de la cena, cuando la conversación se hacía forzosa. En busca de crear un clima positivo, Alsina confió a Ebelot el descubrimiento hasta entonces guardado en secreto: en libertad, los roedores que él criara habían modificado su menú, y era esa modificación la que produjo alteraciones de conducta y de tamaño que dieron por resultado al monstruo. Ebelot aceptó la teoría de Alsina y le sumó un problema: que era imposible saber si ese monstruo era uno solo o el primero de una serie. El riesgo era infinito y la ventaja ninguna. En el segundo de los casos, cada bicho que excavara a la profundidad suficiente iría incorporando las cualidades de las bestias prehistóricas. El mundo conocería un nuevo apocalipsis, producido por la aparición de mutaciones cada vez más feroces. Un mundo regresado a los horrores de la antigüedad. En medio de esa conversación, a Alsina se le ocurrió preguntarse en voz alta si sería capaz de capturar al monstruo, domesticarlo y orientarlo en dirección de las tolderías donde María permanecía cautiva. ¡Lindo susto se llevaría la indiada cuando lo viera aparecer montado sobre el lomo de la criatura!

Mientras los escuchaba hablar, un gaucho que andaba cerca extendió una ramita sobre una brasa hasta que la punta prendió, encendió un pucho con la llama, sacudió la ramita hasta que el viento la apagó, y después dijo:

—No quiero pasar por comedido, pero de tanto bolacear los señores van a terminar creyendo que lo que dicen es cierto.

—¿Y a usted quién le dio vela en este entierro? —se ofuscó Alsina.

—Disculpen que les escupa el asado, metafóricamente hablando, pero al animal ese yo lo conozco como si lo hubiera parido —dijo el gaucho.

—¿Qué? ¿Es hijo suyo? —rio Ebelot, grosero como su amigo.

—Acá, al bicho que se llevó al gringo lo bautizamos como La Vizcacha Vieja, aunque algunos también lo llaman El Dragón Rey. Hace añares que no salía al descubierto, así que este es cría del que yo vide en mis años mozos, que era igualito pero más chico, o será que creció, no sé. Son bichos raros, se reproducen poniéndosela a sí

mismos, me refiero a la verga, sin presencia de hembra. Se cuentan muchas historias sobre eso. Que cuando asoman la trompa no es para buscar comida, abajo tienen de sobra, sino en procura de compañía. Así que el gringo ahora estará recibiendo un tratamiento que se los regalo, aunque sobre gustos no hay nada escrito. Pero ¿vieron en esas noches de luna, cuando no sopla ni una gota de aire y el mundo está más quieto que una piedra? Al hombre de buen oído no se le escapa una música que viene de bien abajo, y hay quien dice que son canciones de amor, festejando el cruce de las especies. Así que si algún día se les aparece un hombre alto de veinte metros, cara de ratón y cuerpo de gliptodonte, verán que este servidor no andaba tan errado… Cuantimás que no gano nada en mentirles.

—¿Usted dice que…?

—Si los señores desconfían de este criollo, mañana salgan de noche con la oreja bien abierta. Si escuchan una canzoneta napolitana viniendo como de lejos, sabrán que estoy en lo cierto. Y también puede que La Vizcacha Vieja se lo haya comido nomás al gringo y ahora sea ella la que canta.

—¡No nos va a hacer creer semejante patraña! —protestó Ebelot.

—Eso no es nada, comparado con el resto de la historia —dijo el gaucho, y dijo—: Si quieren saberla, pidan a don Rogelio que se las cuente.

—¿Y quién es don Rogelio, si puede saberse? —preguntó Ebelot.

—Yo —dijo el gaucho.

24

Don Rogelio contó:

Hará muchos años había un muchacho de nombre Rudecindo, hijo único de madre viuda, la Dorotea, y muy consentido por ella. La Dorotea era buena mujer pero de pocas luces, porque a los hijos hay que criarlos con rigor para que salgan derechos. El caso es que tanto le temó con sus virtudes que el Rudecindo se ensoberbeció y empezó a tratar mal a todo el vecindario. Apenas sabía contar y ya debía unas diez muertes. Tal nombre de gaucho malo se hizo que hasta Satanás mismo se apersonó para conocerlo. Subió a la tierra una tardecita de verano, cuando la Dorotea estaba visitando a una comadre. “Che, Rudecindo, soy Lucifer, tu verdadero padre”, le dijo, “y como padre tuyo que soy te ofrezco el oro y el moro”. Cuestión que quedaba salvado de la leva, las mujeres vendrían a esperarlo a la puerta de su tapera y a ninguna se la iba a robar un pata de lana. Y si quería un palacio, palacio tendría, y plata para los vicios y una vida más larga que Matusalén. Solo tenía que renunciar a Dios y firmar un contratito. Dijo eso y apoyó sobre la mesa un papel, un tintero y una pluma. El Rudecindo dijo: “Le firmo lo que quiera, padre, total no sé leer. ¿Quiere que le haga una cruz?”. Entonces el diablo le contestó: “No hace falta, hijo, te tomo la palabra”.

Dicho y hecho. Satanás le dio un mapa donde estaba marcada la ubicación del palacio y le puso en la puerta una galera tirada por cuatro overos rosados. Rudecindo se subió y salió pitando, sin esperar la vuelta de la Dorotea, el desalmado.

La galera tardó como una semana en llegar, aunque no hizo parada. El palacio estaba en la punta de una montaña y era más grande que una pulpería con galería y patio. Y tenía una terraza que uno se asomaba al borde y le daba un mareo. El piso era de baldosa y cada baldosa venía enchapada en oro así que apenas salía el sol había que

taparse para no quedar ciego. Pero más lindo todavía era de noche, el Rudecindo tenía todo el cielo para él, bien cargadito de estrellas. ¡Vieran ustedes los fogonazos de los cometas cruzándose de acá para allá! Y ni les cuento cuando había tormenta, uno se cansaba de ir moviendo la cabeza de refucilo en refucilo, lo menos terminaba con tortícolis.

Tanto le gustó el palacio al Rudecindo que después de acomodarse un poco empezó a pispear el firmamento con ojos de entendido, y para eso se ayudaba con unos aparatos que el diablo le había puesto en la terraza y que agrandaban tanto las cosas que, con perdón de la comparancia, a leguas de distancia uno podía mirarle el ojete a una oveja cagando. Pero el Rudecindo no usaba esos instrumentos para cosas puercas sino que los tenía apuntando arriba, y cuando recibía invitados les mostraba el grandor de los planetas, decía que estaba averiguándole los secretos al cosmos. Asimismo, el cosmos les decía, porque lo tenía al diablo, disfrazado de sirviente, dándole palabras difíciles para impresionar al mujerío. Claro que el diablo iba y venía, a veces estaba en el palacio y a veces no, porque con el arreo de almas tiene trabajo constante.

La cosa es que cuando Satanás se iba, el Rudecindo medio que empezaba a extrañarlo. Para distraerse daba fiestas donde se comía lo mejor y se vestía lo más fino, y llenaba de regalos a los invitados para que volvieran pronto, porque había empezado a sentir la soledad y también le hacían falta los consejos de la Dorotea. En fin. Que Rudecindo estaba triste en medio del lujo. Amanecía tarde y subía chancleteando hasta la terraza y ahí se ponía a ver el cielo hasta la madrugada. Lo que vio no podemos saberlo, porque cada hombre tiene el mapa de su propio conocimiento y solo él entiende lo que hay escrito. Eso sí, miraba por el aparatito hasta que le ardían los ojos y en vez de frotárselos seguía mirando hasta que se le ponían rojos. Así fue durante uno, dos meses, o años, nadie le tomó el tiempo. Pero a la final, analfabeto como era, el Rudecindo creyó que el cielo era un libro y cada estrella una letra y la luna el punto final del cuento. Y lo que el cuento decía era que en otra parte había un palacio cien veces más grande que el suyo y mil veces más bonito, lleno hasta el techo de

tesoros. Se llamaba el Palacio Suterráneo de Fuego y ahí lo estaba esperando.

Entonces el Rudecindo dejó su palacio y se fue para el otro, que estaba en una montaña todavía más alta. Vieran lo que era ese Palacio Suterráneo de Fuego. Las mesas con ollas llenas de comida, los platos tan bien lavados que uno los miraba y le devolvían mejorada la jeta, y había como quinientos cuartos con mantas para pasar calentito el invierno, pero lo mejor era la terraza nueva, que directamente parecía pegada al cielo, uno salía afuera y se enredaba las patas en las nubes. Y también estaban los aparatos para mirar, que no hizo falta más de un segundo para que el Rudecindo se arrimara. Y entonces pasó lo que voy a contarles. Apenas el Rudecindo puso el ojo en uno de esos aparatos, en vez de ver derechito al cielo vio que el panorama se le curvaba, se iba para abajo y le apuntaba directo al sótano, donde estaba lo mejor de lo mejor, los tesoros, sí, pero sobre todo algo, no sé bien qué cosa, pero que lo llevó al Rudecindo a mandarse ahí mismo para ahí. Bajó escalón por escalón las escaleras del palacio, el recorrido duró días de lo enorme que era todo, y al final se le abrió una puerta de hierro y el Rudecindo la atravesó y se dio cuenta que había llegado hasta el fondo del mundo, porque estaba rodeado de espíritus o de fantasmas, y entonces trató de salir, pero la puerta se le cerró a las espaldas y por las paredes empezaron a subir unas fogaratas que daban miedo, hechas de joyas y vidrio y diamantes, cortaban y quemaban la carne y también daban frío. Entonces el Rudecindo se arrepintió de su conducta y le prometió a Dios que si lo salvaba le cumpliría la prenda que Dios quisiera. Y Dios lo sacó de ahí pero en pago de su pecado lo transformó, lo volvió La Vizcacha Vieja y lo condenó a andar solo por debajo de la tierra. Así que ahí tienen a La Vizcacha Vieja, malhaya con su destino más pior que el del Judío Errante. Meta excavar y excavar túneles y galerías mientras espera su redención, que llegará cuando algún valiente la sorprenda en uno de sus escondites y ahí nomás la mate. Cuando esto ocurra el cuerpo del Rudecindo tendrá descanso y su alma subirá derechito al cielo a juntarse con su madre, la Dorotea. Y en cuanto al diablo, también sigue dando vueltas por ahí, juntando pecadores para mayor gloria de

Dios, que después va y los salva.

25

Para Ebelot y Alsina, la historia que contó Rogelio era una fábula infantil, mezcla de mitología local y fantasías de gaucho bruto. Pero decidieron seguirle la corriente porque les había dado una idea: tenían que encontrar el escondite de La Vizcacha Vieja y liquidarla, que muerto el perro se acabó la rabia. Después desparramaban la noticia y recuperaban a los poceros para continuar con la tarea de zanjado.

El propio don Rogelio se les ofreció para rastreo. Fueron de galería en galería, a veces caminando y otras a gatas. Se orientaban por las marcas de pisoteo y arrastre de cuerpos. Al parecer eran muchos los poceros capturados aunque nadie se había tomado la molestia de contarlos. En la oscuridad se guiaban por el olor a carroña. Cada tanto se topaban con algún cadáver abandonado en un sitio evidente, como si el bicho estuviera pidiéndoles que lo siguieran. Los muertos no estaban comidos sino disecados, con la piel pegada a los huesos y marcas de colmillos en el cuello. Tal vez La Vizcacha Vieja en realidad era una especie vampírica. Para subir el precio de su tarea don Rogelio solía dar la voz de alto, rascaba las paredes con las uñas y amasaba las bolitas resultantes con gestos de entendido, o se inclinaba a olfatear el suelo y a reconstruir la dirección de una pisada, como si no alcanzara con el olor a bosta que a cada hora era más fresca.

Cuánto anduvieron así, túnel tras túnel que abría a una galería que se terminaba de golpe y había que pegar la vuelta, es cosa que no se sabe. A la final la acorralaron en la galería más grande de todas, que era su último refugio porque terminaba en una pared de piedra, y aunque La Vizcacha Vieja rugió y asomó las garras y se puso en posición de ataque, la verdad es que se entregó mansa y las boleadoras de don Rogelio la dejaron seca al darle en la cabeza. Después, por las dudas, la degollaron, y en ese momento el esfínter del animal se aflojó y de ahí salió enterito un cordero recién comido. Don Rogelio dijo:

“Lo que es yo, por las dudas no me lo llevaría para el asado”.

26

Al tiempo los poceros comenzaron a volver. El campamento crecía y por prudencia Ebelot mandó erizarlo de empalizadas. Y como esos límites eran ampliados a cada rato, de la improvisación resultó una ciudadela mal hecha, donde se iban levantando pulperías y ranchos. Alsina se pasaba horas revisando en soledad pasillos y túneles y galerías, buscando el pasadizo que le resultara útil para lograr su cometido. Temía que el sufrimiento y los constantes maltratos hubiesen gastado tanto a María que ya no tuviera voluntad ni deseo de cambiar su destino. “María, María, mi sol, mi bien, pedazo de mi corazón sangrante, soy yo, soy Alsina”, murmuraba. Y en el aire viciado escuchaba la voz de ella: “Adolfo, Adolfo”.

Se habla de lo crudo del invierno en el desierto, pero aquel fue un verano tan cruel que el calor paspaba hasta el alma. Para peor, había una invasión de mosquitos y avispas tan feroces que dejaban hechas un poroto a las siete plagas de Egipto. Se reproducían en los falsos bañados y las lagunas que iban secándose después del diluvio, el zumbido de los acoplamientos atronaba toda la llanura. Con la intención de espantarlos alguien prendió fuego a los pajonales. El incendio se extendió en cosa de segundos, la llama se desplegaba en cortinas más largas que la zanja pero no afectó a himenópteros y zancudos, que la atravesaban zumbando como si se dieran un baño de vapor y se lanzaban en vuelos rasantes sobre los humanos. Alsina, en sus exploraciones, ni se había percatado de la quemazón, pero empezó a sentir que la tierra se calentaba sobre su cabeza y asomó a la superficie. De un vistazo advirtió la extensión del desastre. Cuando el fuego lo consumiera todo ya no habría obstáculo natural para los indios, que desde sus murallas podrían observarlos a gusto.

En medio de semejante panorama empezaron a llegar los rumores de una conversación. Venían del otro lado del humo, desde una altura

media. Alsina pensó que se trataría de fantasmas, pero enseguida advirtió que eran seres físicamente enteros. A la cabeza de todos estaba un indio robusto. Vestía al gran estilo mapuche combinado con una chaqueta de teniente del ejército argentino. Era el lonco de los loncos, el cacique de los caciques, el mandamás de la Confederación Indígena, Juan Calfucurá o Toki Kallfükura. Al paso de su alazán se agarraba los huevos con una mano para mostrar que no necesitaba riendas, y con la otra agitaba una rama con la que se azotaba el cogote. Tan cebados estaban los bichos voladores que le habían trazado un collar de sangre.

Una vez cruzado el humo, el indio habló manteniendo la mirada puesta en la distancia.

—El hacendado se queda las tierras, el inglés se come las vacas y a nosotros nos van corriendo y matando hasta que quedemos pocos o ninguno. Ustedes, los blancos, llegaron acá cuando ya estábamos, y ahora nos roban y nos obligan a hablarles en su idioma. Por eso nos juntamos en la Confederación, no para pelearle al Estado argentino, que en esa pelea vamos perdidos, sino para crear una lengua de todos nosotros, una lengua que junte todas las de nuestro pasado. Queremos entrarnos en ella para que los ajenos no puedan atrapar el sentido. Y después, hundidos en nuestra propia voz, desapareceremos y nadie más en el mundo sabrá lo que fuimos.

Calfucurá terminó de hablar y siguió mirando a lo lejos, esperando algo o esperando nada porque ya había dicho lo que tenía para decir. Alsina rompió el silencio:

—Comprendo. Creo que comprendo. Ahora, una pregunta: ¿Cuándo van a soltar a María? —dijo. Y viendo que el indio ni se mosqueaba agregó—: María de las Mercedes del Rosario de Jesús Zambrano, viuda de Santa Colonia.

Calfucurá bajó la vista, midió a Alsina de arriba abajo, soltó un gargajo verde y espeso, pura yerba, y dijo:

—¿Quién?

Después alzó de nuevo la cabeza, pegó un tirón a la rienda, su alazán dio media vuelta y el lonco y sus acompañantes se perdieron.

Ebelot se había arrimado desde el principio de aquella aparición, y

tras su partida pasó a mirar a su amigo, que estaba pálido como si lo hubieran vaciado los mosquitos. Finalmente, Alsina sacudió la cabeza y le dijo:

—¿Se da cuenta lo cínico del personaje? ¡Como si le fuera a creer que nunca ha visto a María!

—Capaz quiso decirle que ya no es la misma que usted conoció —respondió Ebelot.

—El mundo puede cambiar, pero ella no.

—Atiéndame, Alsina: si María lo quiere va a volver. Espérela hasta que le llegue alguna noticia.

—Ya me estoy asfixiando de esperanzas y de esperas.

—El amor no es humo, mi amigo. Hablando de eso... ¿advirtió la paradoja implícita en las afirmaciones de Calfucurá? Habló de inventarse una lengua indígena hecha del rejunte de sus antiguas lenguas, pero lo dijo sin tartamudear y sin toser, y según entiendo en un castellano de lo más prístino…

—Cosas más raras hemos visto últimamente.

—Visto y oído. Y además me llamó la atención el argumento. Calfucurá parece creer (pero como es indio puede estar mintiendo) que en el nombre de la rosa está la rosa, lo que de algún modo es cierto porque, para seguir con el ejemplo, en el acto de nombrar se distingue a una rosa de un clavel. En su idea, entonces, la construcción de una lengua propia organiza un mundo distinto y apartado del nuestro, con sus propias leyes o, si se quiere, con su propia sintaxis. Un mundo nuevo.

—Es una ilusión, claro.

—¡Pero claro que sí! Y además, en esa teoría hay una falla: la totalidad verbal que singulariza a cada objeto, sea rosa o clavel o jabón o molusco bivalvo, no es referible a sus partes, no se puede descomponer como el objeto mismo de referencia. Digamos, ¿qué parte de “rosa” correspondería, por ejemplo, a las espinas? ¿La *r* inicial? ¿La *o* indicaría hoja o tallo? ¿La *s* pétalo y la *a* corola?

—Mire que los indios son muy retorcidos, Ebelot. Quizá ya dieron respuesta a su interrogante.

—Puede que sí o puede que no, pero no imagino cómo.

—Quizá inventando series de palabras que den cuenta de la diversidad de lo existente...

—Esa hipótesis es un abuso de la memoria. ¿De cuántas series podría acordarse uno?

—Al menos se lo habrán planteado. La ventaja del indio es que su mundo es un mundo de escasez, está hecho de tan pocas cosas que parecen duraderas, cuando no eternas. Quizá a ellos les baste con una sola palabra. Una que lo reúna todo.

—Habrá que ver si lo consiguen.

—Es al revés. Si lo consiguen ya no lo veremos. Lo que resta por saber es qué mundo nos quedará a nosotros cuando los indios falten.

27

Alsina y Ebelot siguieron debatiendo acerca de la visita de Calfucurá durante días, meses o semanas. Entretanto el incendio de los pajonales fue apagándose y sobre la ceniza crecieron pastos más fuertes, florcitas amarillas. A los mosquitos los derribaron las primeras heladas mientras que las avispas se alojaban en las ramas de los árboles nativos y recién salían del nido al mediodía, cuando se les descongelaban las alas. Costaba encender fuego para tomar un mate, no había madera seca. Los poceros ahora paleaban a lo loco para entrar en calor y algunos elegían dormir bajo tierra porque la escarcha se filtraba a través de la lona de las tiendas y terminaba goteando sobre ellos. En el campamento aparecieron las enfermedades: fiebre, resfrío, gripe, reuma, neumonía, tuberculosis, asma. Hasta los soldados más bravos andaban a paso lento porque la humedad se les había metido en los huesos, debilitándolos hasta parecer hojaldre. De venir un malón no harían falta lanzas, a los indios les alcanzaría con un par de escobas para barrer con todos.

Y el malón, o algo parecido, finalmente llegó.

Era la media mañana. Alsina y Ebelot estaban de pie, con los brazos pegados al cuerpo para no perder temperatura, esperando que el sol entibiara lo suficiente para que las pulgas empezaran a saltar de sus abrigos. Lo lindo era cuando se animaban a hablar. Entonces el vapor del aliento hacía dibujos, ondas en el aire, volaba unos centímetros y después condensaba en cristalitos que terminaban cayendo al piso y formando pilas resplandecientes. Estaban en esas entretenciones, a cambio de pitar tabaco, cuando escucharon un retumbe. Llegaba desde lejos, tenue, y se iba aclarando hasta parecer un galope parejo. Era un estímulo en medio de tanta monotonía, así que los dos salieron a campo abierto. Ebelot desplegó el largavista. Alsina se lo arrebató:

—Démelo que usted lleva anteojos —dijo y enfocó. Se quedó un

rato mirando para favorecer el suspenso, pero los dos sabían de qué se trataba. Al cabo dijo—: El malón. Ahí viene, como una tormenta...

—¿Se los ve agresivos o vienen a parlamentar…?

—Sabremos cuando se arrimen. A ver… ¡Ah, pero no lo puedo creer! ¡Pero mire usted!

—No veo.

—¡No son indios de pelo en pecho y lanza en ristre! ¡Son mujeres!

—No nos dejemos engañar, Alsina. ¿Y si es una estratagema?

—¿Cómo? ¿De quién? ¿Para qué?

—No sé. Por ejemplo. ¿Y si este es el truco que encontró María para escapar, poniéndose a la cabeza de un alzamiento femenino?

—¡Pero qué dice, Ebelot! ¡Mire si una mujer fina, culta y civilizada como ella va a andar juntándose con unas indias crenchudas!

—Bueno, era un suponer. Otra posibilidad es que sean hombres disfrazados de hembra…

—Pero no, mi amigo. ¡Donde se ha visto varón con semejantes tetas!

—¿Las escucha? ¿Escucha lo que están diciendo? Me llega el alarido pero no el sentido.

—¡Francés tenía que ser! Estamos a un par de minutos del fin y usted pide que le traduzcan.

—¿Y qué quiere que haga?

—Aguánteselas, mi amigo. Son mujeres. Hay que amarlas, no comprenderlas.

—¡Quién pudiera querer a todas lo podría todo! Pero acá, y a esta hora, ya no estamos más que para abono de estas pampas.

—¿En serio, Ebelot, cree que solo nos espera la muerte, la muerte sin esperanza de remisión, la muerte sin más, sin nada de nada?

—Sí. ¿Qué somos a la final? Bolsa de mierda. Hueso sin cielo ni infierno ni Día del Juicio Final ni Resurrección de la carne. Eso nos toca: la muerte entera y completa. Externa, rígida y fría.

—Qué alma tan triste la suya. Pobre ingeniero…

—Enfréntese a los hechos como un hombre, Alsina. Mírela a esa.

—¿A cuál?

—A esa que viene al frente, al mando de todas, con una estrella federal tatuada en la frente. Qué cosa tan distinguida.

—La muerte encarnada. ¿Pero qué tiene de distinguido volverse fiambre y pudrirse de los pies a la cabeza? La cercanía del acabose tiñe sus últimos momentos con el engaño final: la ilusión de lo sublime. Pero ni la muerte es bella ni esto que vemos es un crepúsculo, es polvo levantado por las patas de unos caballos que en pocos segundos nos caerán encima.

—No sé. No estoy tan seguro. Con suerte quizá nos pasen al lado y sin rozarnos. Dicen que caballo de indio es animal bien entrenado. Estoy pensando una cosa. Si este es un malón distinto porque es malón de mujeres, capaz las hembras no vienen a matarnos sino a capturarnos y usarnos para la tarea de reproducción. En ese caso yo no me quejaría tanto, porque si se trata de sobrevivir no le haría asco a esa cosa sucia y oscura, el sexo, ni aun cuando se tratara de entrar en esas tolderías roñosas y ponérsela a una detrás de otra, a repetición. Como disparo de Winchester. Si es que a uno le da el cuero…

—¿Qué? ¿Usted se pasaría el día cogiendo? ¿A su edad?

—¡Más bien! ¿Hay algo más lindo? Y la noche soñando con las que garché.

—De todos modos, no deberíamos entregarnos a estas licencias del pensamiento masculino, a estos abusos de la lengua vulgar. ¡Mire si quedamos ante la Historia como dos onanistas que presumen de lo que carecen!

—¿De qué? ¿De potencia?

—Peor. De inteligencia. Mire si quedamos como dos idiotas...

—¿Qué remedio nos queda?

—Ninguno.

—Lástima que estas amazonas quizá no quieran ni lo uno ni lo otro, puede que estén lanzadas a conquistar el mundo, a hacerse escuchar a puro ruido de galope. El futuro es mujer, mi amigo. Corrámonos a un costado y hagámosles lugar, así las veremos pasar al lado nuestro, levantando polvareda…

—Mire esas caras, mire las expresiones de furia, el raudal de odio, la pasión desatada, Ebelot… ¿No escucha el clamor, hombre matando, huinca muriendo? Estamos fritos.

—¿Eso dicen?

—Dicen eso, sí.

—¿Le parece nomás que tendríamos que disponernos a morir?

—¿Y a usted qué le parece?

—Bueno, no lo veo como el mejor momento de nuestras vidas.

—Yo tampoco. De preferencia, me gustaría espichar dentro de treinta o cuarenta años y en mi cama, con la cara vuelta a la pared.

—Como un perro. Pero es muy incómodo. Yo me inclinaría por lo tradicional. En la cama y boca arriba para facilitar el estertor.

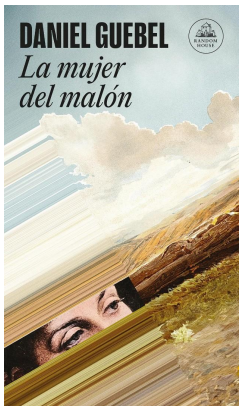
—Ah, se me ha puesto exquisito. La muerte es muerte, venga como venga. Y ahí está, ahicito nomás.

—No sea tan pesimista. Entre la muerte y nosotros no existe ninguna relación. Mientras existimos, ella no existe. Cuando ella existe, nosotros no. Pero por las dudas y ya que estamos, ¿me recuerda el padrenuestro?

—Padre nuestro que estás en los ciel…

—Aguante un segundo, Alsina, antes de arrodillarnos. ¿Me equivoco o esa turba de indias en cueros dejó de galopar y está suspendida en el aire?

—Es sabido que segundos antes de morir uno siente que la vida se detiene. Pero a estas hembras las estoy viendo venir en galope furibundo. Entonces, si todo se mueve y nada se queda quieto, esa quizá resulte la mejor prueba de que sobreviviremos. Y de ser así, voy a buscar la manera de recuperar a la mujer que amo. María. De una buena vez por todas.



«Guebel es un escritor tan soberano, tan libre con el pensamiento y tan decidido a emplear la voluntad de poder que prueba que el mundo de la literatura se puede dominar desde Buenos Aires y que no es necesario hablar de gauchos para ser el más argentino de los novelistas».
Quintín

Deslumbrado por una dama enigmática, Adolfo Alsina abandona la escritura de la gran novela nacional con la que planeaba seducirla cuando el cacique Pincén le anuncia que la tiene en su toldería.

Para recuperarla, prepara estrategias entre geniales y delirantes, que concluyen en la excavación de una extensa trinchera: la zanja que llevará su nombre. Las autoridades le proporcionan el auxilio del ingeniero francés Alfredo Ebelot, buscando impedir los ataques al tiempo que invadir y explotar las tierras indígenas. Mientras tanto, los indios urden su contraestrategia. En esa disputa entre partes, el enamorado solo piensa maneras de recuperar a la mujer perdida.

En esta novela Daniel Guebel pone en diálogo a dos hombres que con la excusa de ejecutar una enorme empresa terminan por honrarse mutuamente en la amistad y fracasan en lo que de veras les importa:

adentrarse en los misterios del alma femenina.

«Daniel Guebel es —quizá con Aira— el escritor con mayor amplitud de registro de la literatura argentina, alguien capaz de pasar sin solución de continuidad de la invención más desenfrenada a la crudeza total del documentalismo autobiográfico. Guebel es nuestro Philip Roth: un escritor que cuando escribe no le tiene miedo a nada».

Alan Pauls

«La prosa subversiva de Guebel viene de Gógol y de Nabokov, incluso parecería un improbable Pynchon argentino. Pero Guebel es grande por sus propias cualidades: su dominio de una frase enroscada, pero con apariencia leve, gozosa y humorística; la riqueza de su imaginación; la erudición musical y filosófica; la pertinencia del pensamiento y su desplazamiento sutil hacia el terreno de la parodia mediante un juego de anacronismos».

Carlos Pardo, *Babelia*

«Guebel es genial, nunca ingenioso. Es el mejor novelista de su —mi— generación. El más monolítico, monolingüe y leve de nuestros grandes autores».

Luis Chitarroni

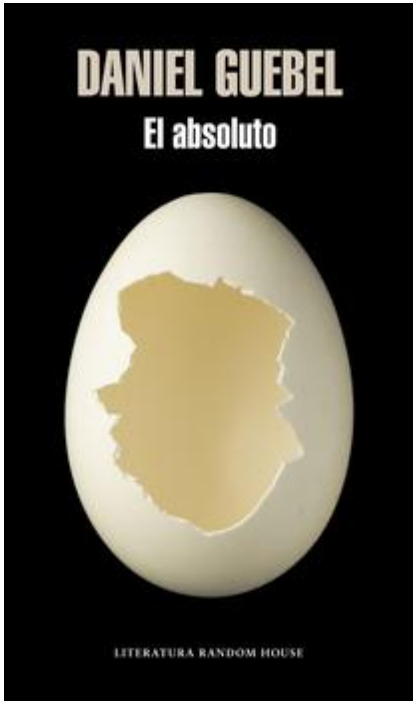
«Borges, un Guebel populista. Guebel, un Borges culto».

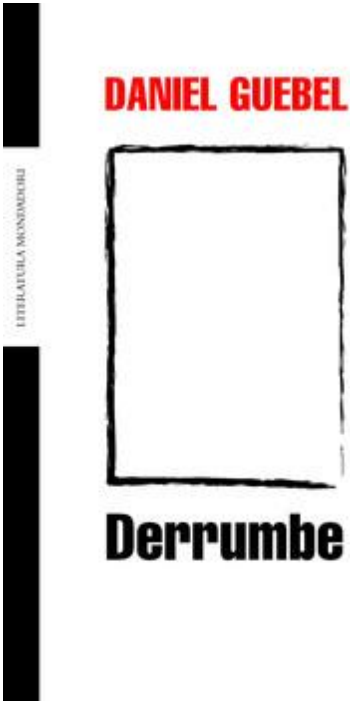
Juan José Becerra

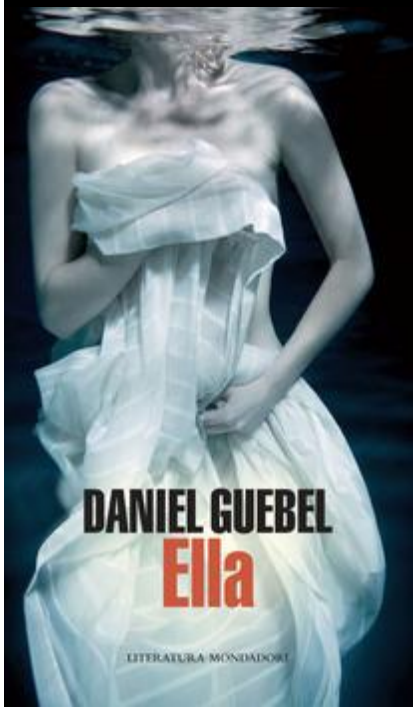
DANIEL GUEBEL

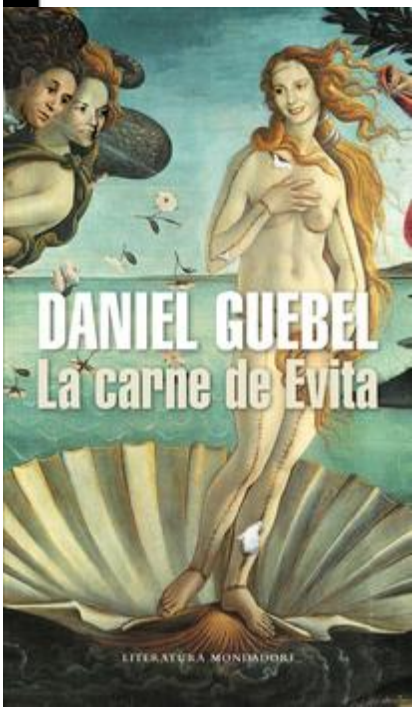
Nació en Buenos Aires en 1956. Escritor, dramaturgo y periodista, es autor de las novelas *Arnulfo o los infortunios de un príncipe*, *La perla del emperador* (Premio Emecé y Segundo Premio Municipal de Novela), *Los elementales, Matilde, Cuerpo cristiano, El terrorista, Nina, El perseguido, La vida por Perón, Carrera y Fracassi, El caso Voynich, Mis escritores muertos y Enana blanca*, y de los libros de cuentos *El ser querido, Los padres de Sherezade, Genios destrozados* y *Tres visiones de Las mil y una noches*. Random House editó las novelas *Ella, La carne de Evita, Las mujeres que amé, Derrumbe, El absoluto* (mejor libro de ficción de 2016 según el diario *La Nación*; Premio Literario de la Academia Argentina de Letras, Municipal y Nacional, en la categoría Novela), *El hijo judío* (Premio de la Crítica de la Feria del Libro a la mejor obra de creación literaria en 2019), *Un crimen japonés* y *El Rey y el filósofo*. En teatro publicó *Adiós mein Führer*, *Tres obras para desesperar, Padre* y *Pornografía sentimental*. Escribió, junto con Sergio Bizzio, *Dos obras ordinarias* y *El día feliz de Charlie Feiling*.

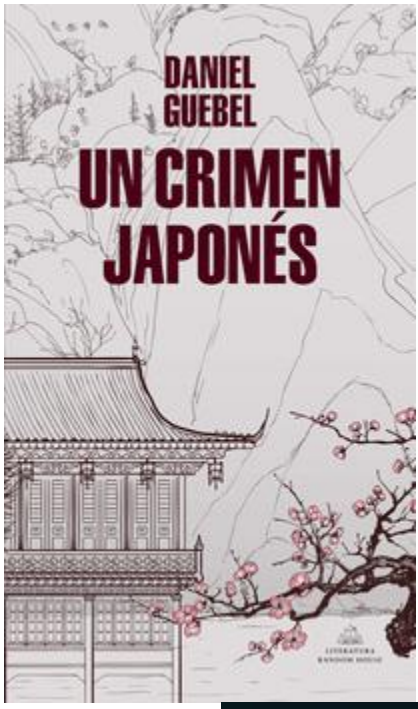
Foto del autor: © Ana Guebel

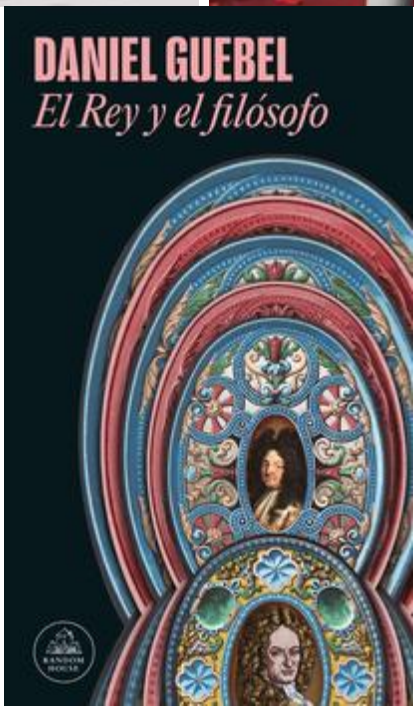

DANIEL GUEBEL
El absoluto
LITERATURA RANDOM HOUSE


LITERATURA MONDADORI
DANIEL GUEBEL
Derrumbe


DANIEL GUEBEL
Ella
LITERATURA MONDADORI


DANIEL GUEBEL
La carne de Evita
LITERATURA MONDADORI





Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Guebel, Daniel
La mujer del malón / Daniel Guebel. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2024.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-363-8

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

© 2024, Daniel Guebel
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
Balmes, 209, 6º 2º, 08006 Barcelona,
Teléfono + 34 93 212 47 91
E-mail: info@casanovaslynch.com

Edición en formato digital: mayo de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar

una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-363-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

La mujer del malón
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos